



# OBISPO





## OBISPO

## HOMILÍAS

**Misa Exequial por el Rvdo. Sr. D. Luis Salgado López***Iglesia parroquial de San Juan de Laza, 20 de octubre de 2020*

Rom 14, 7-9

Jn 11, 17-27

Mis queridos hermanos Sacerdotes.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

Permitidme que salude con especial afecto a los familiares de don Luis y les manifieste mi sentimiento de pésame, en mi nombre y en el de los sacerdotes, no solo de los presentes sino también de otros muchos que no han podido asistir a esta celebración debido a los criterios fijados por el protocolo de seguridad establecido a causa del covid-19. También quisiera unirme al dolor de la Comunidad de Hermanitas de los Ancianos Desamparados y a todos los residentes de la Residencia de Verín que habéis compartido con D. Luis estos últimos momentos de su peregrinación por esta tierra. Vuestro dolor es también el nuestro porque este sacerdote formaba parte de esta otra gran familia que es el Presbiterio Diocesano que siente la muerte de D. Luis, nuestro hermano sacerdote.

Mis queridos amigos: Nos hemos reunido en este templo en el que ejerció el ministerio sacerdotal D. Luis hasta su jubilación, para celebrar el Sacramento de nuestra fe y pedirle al Señor por el eterno descanso de nuestro hermano sacerdote y, también, para que nos aumente la esperanza en la vida eterna. Como siempre que nos encontramos para vivir la Eucaristía, la Palabra del Señor que nos ha ofrecido el mensaje de la salvación para reconfortarnos y estimular nuestra fe en estos momentos de tanta preocupación y de tantos temores a causa de la pandemia que nos afecta. Esta Palabra, aunque repetida tantas veces, adquiere una fuerza especial en estos momentos en los que nuestra sociedad está viviendo una preocupación y un desconcierto tan intenso, como jamás antes lo hemos experimentado. Por eso es necesario, hoy más que nunca, que escuchemos el Evangelio, la Buena Noticia que como una fuente de luz nos dice:

Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre (Jn 11, 25).

Estamos tan acostumbrados a oír, decir, e incluso cantar este versículo del Evangelio que puede ser que haya perdido fuerza e intensidad en nuestras vidas; sin embargo, de manera especial ante la experiencia pascual vivida de una manera

definitiva por este hermano sacerdote, esta Palabra adquiere un dinamismo más comprometido. Por otra parte, conviene no olvidarnos que en este texto del IV Evangelio se nos hace a cada uno la misma pregunta que en su tiempo le hizo Jesús a Marta, la hermana de Lázaro: ¿Crees esto? (Jn 11, 26).

Ante los restos mortales de este hermano nuestro, tenemos que hacernos esta misma pregunta: ¿crees esto? ¿creemos que el Crucificado está Resucitado, está vivo y que la muerte ha sido vencida? ¿o seguimos buscando entre los muertos al que vive, al Viviente, como nos lo presenta el libro del Apocalipsis, Aquel que es principio y fin de nuestra existencia y del cosmos?

Cuando vivimos nuestra fe en el Crucificado-Resucitado, no como una abstracción, o una idea, o tal vez como una teoría más, sino como una experiencia viva, eso se nota en el tenor de nuestra existencia creyente. Las palabras de Jesús nos invitan constantemente a sentirnos siempre en camino hacia la Pascua. Son palabras que nos hablan de cambio, de conversión personal y comunitaria, de ser más propositivos, de luchar por no instalarnos en el pesimismo y en la crítica como si fuésemos “profetas de calamidades”. Si vivimos de cara a la vida eterna, entonces la forma de vivir nuestro cristianismo, nuestra vocación particular y, en el caso de algunos de los que estamos aquí, nuestro ministerio sacerdotal, seguro que será muy diferente. Cuando sabemos y vivimos la certeza de que no sólo estamos llamados a la eternidad, sino que esta llamada puede llegar cuando menos lo pensemos, entonces nos esforzamos por vivir el momento presente con pasión y autenticidad; y ayudados por el dinamismo de la gracia de Dios somos capaces de ir relativizando todo aquello que es efímero y transitorio y que tantas veces reclama nuestra atención haciéndonos olvidar que debemos centrarnos en lo esencial, como nos lo recuerda constantemente el papa Francisco. Hoy el Apóstol Pablo, a través de la carta a los Romanos, que se nos ha proclamado, nos interpela fuertemente y, al mismo tiempo nos llena de esperanza: Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor (Rom 14, 8).

¡Somos del Señor! Desde la perspectiva de la eternidad, nuestra vocación cristiana, y en concreto, el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal adquieren un relieve y una fuerza que hace que ¡hasta las cosas más pequeñas tengan un gran sentido! Cuando vivimos en esta clave de vida eterna todas nuestras ocupaciones ¡toda nuestra vida!, también el ejercicio del ministerio pastoral, la celebración de la Eucaristía, el vivir desprendido de las cosas, el sabernos servidores y no dueños de aquello que nos han encomendado, en definitiva, toda nuestra lucha en lo de cada día constituye una parte, no pequeña, de nuestro camino hacia la santidad y, por ende, a la Vida eterna. Por eso, es necesario que nos planteemos muchas veces esta pregunta que brota de la Palabra Dios proclamada en esta celebración exequial:

¿Crees en la vida eterna?

Cuando nos disponemos a cumplir con el triste deber de dar sepultura a un hermano sacerdote, que sirvió con fidelidad a esta Iglesia, os invito a que repasemos con el corazón agradecido la historia del ejercicio de su ministerio y, sin ninguna duda podemos decir: ¡Sus obras le acompañan! Obras que dejamos en las manos del Padre que es rico en misericordia. Desde aquel 19 de diciembre de 1959, día de su ordenación sacerdotal, pasando por sus tareas pastorales en Santa María Magdalena de Cádavos, Nuestra Señora de Manzalvos, Santa María de Castrelo do Val, San Vicente de Pepín, San Cipriano de Lamamá, San Salvador de Seiró, San Miguel de Padreda, San Juan de Vide, Santa María de Anuide, San Pedro de Maus, San Salvador de Nocedo do Val, Santa María de Matamá, San Juan de Laza, Santa María de Retorta y Santa Eulalia de Vences. Sin omitir las tareas pastorales llevadas a cabo en otras parroquias ayudando a sus compañeros sacerdotes.

Hoy rezamos por él; un día, cuando y como Dios quiera, rezarán también por nosotros; así nos lo enseña aquel gran maestro que fue san Agustín: la vida es una propedéutica para la muerte. Es un entrenamiento para morir bien. La oración de la Iglesia que ahora hacemos por nuestro hermano sacerdote, nos invita a preguntarnos una vez más por nuestra fe en la eternidad.

Os invito a que volvamos la mirada del corazón al texto de san Pablo que hemos proclamado en esta liturgia: Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor. Nuestros conciudadanos, por el tenor de nuestra forma de vivir, sabrán percibir que vivimos para el Señor y que somos fieles a Dios en la Iglesia, sobre todo por la coherencia con que vivimos no solo el ejercicio del ministerio sacerdotal al que hemos consagrado nuestra vida, sino por toda nuestra existencia de fe. Solo desde la fe, es decir, solo si nos abrimos a la fe en Jesucristo Resucitado y Vivo, solo así, seremos capaces de salir de nosotros mismos y de este modo nos convertiremos en testigos creíbles capaces de atraer a la Iglesia, en definitiva, a Dios, a esos hermanos y hermanas que tantas veces se sienten desconcertados o se han alejado de la Iglesia porque no hemos sabido presentarle su rostro más hermoso.

Os ruego que recéis por D. Luis, que pidáis por la santidad de los sacerdotes ¡para que seamos fieles! Que cubráis con vuestra caridad los errores y fallos de vuestros hermanos ¡ayudadles, no les critiquéis! Estamos realizando un Sínodo Diocesano, que es un camino que tenemos que recorrer juntos y que a causa de la pandemia hemos tenido que interrumpir. Pero seguimos en Sínodo, seguimos caminando juntos en esta Iglesia que peregrina, en medio de luces y sombras, en estas tierras ourensanas. Abrimos nuestros corazones a la gracia del Señor y Él nos concederá una existencia nueva. No os olvidéis de pedir por los seminaristas, para que perseveren y sean sacerdotes de acuerdo con el Corazón de Cristo.

Volvamos la mirada a esta realidad que tenemos aquí presente. Los restos mortales de D. Luis, nuestro hermano sacerdote, y para él pedimos ¡El descanso eterno! ¡Que descanse de sus fatigas! y que sus obras obtengan de las manos del que es rico en Misericordia el premio que merece por su dedicación y, si necesita nuestra ayuda fraterna, ofrezcamos esta Santa Eucaristía como sufragio para que el Señor le perdone todo aquello que a causa de la fragilidad del corazón humano pudo haber cometido.

Que Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, Remedio de nuestros males, especial protectora de los sacerdotes, abra su regazo de Madre Misericordiosa y, haciendo nuestra el sentir de aquella antiquísima oración, le podemos decir: Acuérdate, ¡oh Madre de Dios!, cuando te encuentres ante la presencia del Altísimo de decirle cosas buenas de nuestro hermano y también de cada uno de los que estamos aquí, para que nuestro paso por este mundo se convierta en un camino seguro que nos lleve a esos cielos nuevos y esa tierra nueva que el Buen Dios tiene preparado para los que ama.

Que así sea.

**Solemnidad de Santa Teresa de Jesús**  
**50 Aniversario de su proclamación como Doctora de la Iglesia**

*Carmelo de Ourense, 15 de octubre de 2020*

Sab 7, 7-14

2 Rom 8, 14-17.26-27

Jn 4, 5-15

Hermanos sacerdotes concelebrantes.

Mi querida Madre Priora y Comunidad de Madres Carmelitas.

Religiosas, Seminaristas.

Hermanos y hermanas. Fieles devotos de Santa Teresa:

¡Queridos amigos todos!

Con las palabras del Evangelio quisiera iniciar esta reflexión en el día de la Santa Doctora: Jesús, como venía fatigado del camino, se sentó junto al pozo (...) Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: Dame de beber (Jn 4, 6-8).

También nosotros, fatigados por el peso del día, tantas veces aplastados por las dificultades, asustados y con miedos ante los acontecimientos sociopolíticos que nos rodean... en especial estamos padeciendo la grave situación de la pandemia del COVID-19, que tanto sufrimiento está provocando especialmente en las víctimas y sus familias, y a toda la sociedad de una o de otra forma. Esta prolongada circunstancia, que en estos momentos está alcanzando una especial virulencia en esta ciudad y en toda nuestra tierra, nos está obligando a cambiar muchas cosas tanto en nuestra vida personal como en la sociedad, entre ellas la forma de celebrar nuestras fiestas como ocurre con la conmemoración del 50 aniversario de la proclamación de Santa Teresa como Doctora de la Iglesia por el Papa san Pablo VI, que además de reconocer y ensalzar las grandes virtudes humanas y sobrenaturales de la santa doctora y su condición de ser la primera mujer en la historia de la Iglesia a la que se otorga este título, subraya que su gran mensaje al mundo es el primado de la oración, que en ella alcanza la cumbre de la mística cristiana junto con el otro Doctor de la Iglesia, san Juan de la Cruz. Llega ahora a nosotros -decía el santo Papa S. Pablo VI en su homilía de la misa de proclamación del doctorado- el sublime y sencillo mensaje de la oración de la sabia Teresa, que nos exhorta a comprender «el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad..., que no es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (Vida, 8, 4-5). Este es, en síntesis, el mensaje que nos da Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Santa Iglesia. Os invito a que lo escuchemos y a que lo hagamos nuestro.

Nos queremos acercar, en este atardecer, a la fuente de la sabiduría y queremos hacerlo en este 15 de octubre en el que conmemoramos los 50 años de su proclamación como primera mujer Doctora de la Iglesia. Hoy, que se habla tanto de memoria histórica y de recuperar la memoria, os invito a que por unos momentos hagamos memoria agradecida de lo que aconteció en nuestra Iglesia en aquel 1970.

Por mencionar una serie de hechos podemos señalar: El 28 de junio es canonizado san Juan de Ávila, patrono del clero español; ese mismo día, en Ourense, Mons. Ángel Temiño, mi venerable y recordado predecesor, consagraba durante la misa de 12, en la Catedral de san Martiño, todas las familias de la Diócesis al Sagrado Corazón de Jesús; el 6 de septiembre es consagrado obispo Mons. Miguel Araújo Iglesias, en la catedral de Ourense; el Concilio Pastoral de Galicia experimenta un fuerte impulso; Mons. Luigi Dadaglio, Nuncio de Su Santidad en España, visita Ourense y con este motivo bendice la Escuela de Formación profesional del Santo Cristo (8.11.1970), en la tarde de ese mismo día, inaugura la nueva iglesia parroquial de Santa Ana de O Pino; el lunes, día 8, a las 9 de la mañana inaugura uno de los nuevos pabellones del Seminario Menor A Inmaculada y posteriormente celebra la Eucaristía en la capilla general para los seminaristas; en ese mismo día inauguró las Escuelas parroquiales de San Pío X de esta ciudad, y otros muchos actos que dan muestra de la pujante vida eclesial de nuestra Iglesia diocesana en aquel entonces.

Si otras fueran las circunstancias, celebraríamos esos aniversarios como se lo merecerían; sin embargo, este visitante misterioso, el virus del covid-19, cuya manera de proceder nos llena de perplejidad ha impedido celebrar estos acontecimientos, pero no nos puede obstaculizar celebrar el acontecimiento más importante que es la Eucaristía. ¡Hagámoslo con prudencia! Os animo a que en estos tiempos revueltos no dejemos de participar en la santa Misa y procuremos ser hombres y mujeres de oración, de manera especial en estos meses os recomiendo el rezo del Rosario, pidiendo a Santa María Madre que nos ayude y proteja. Pero volvamos la mirada hacia la santa doctora cuya fiesta hoy nos ha convocado en este palomarcico carmelitano de Ourense.

Santa Teresa de Jesús ha sido y sigue siendo maestra de vida espiritual. De sus muchas enseñanzas se pueden destacar la descripción que hace de la unión del alma con Dios en sus sucesivas etapas o «moradas», así como los consejos que ofrece para llegar a recibir esta gracia. Sin embargo, no podemos olvidar la otra dimensión esencial de la oración cristiana, profundamente arraigada en la experiencia de nuestros creyentes, y de nosotros mismos, sobre la que nuestra Doctora también tiene mucho que enseñarnos: la oración de intercesión, esas oraciones que elevamos al Padre por nuestro bien, el de la Iglesia y el de toda la familia humana.

En estos tiempos de pandemia, cuando tantas personas sufren a causa de



la enfermedad, de la crisis económica o de la inestabilidad social, los cristianos tenemos la obligación no sólo de socorrerlos con nuestra ayuda material y nuestras palabras de aliento, sino también de rezar por ellos y suplicar a Dios que recuperen la salud, el bienestar y la paz. Quiero invitaros, por tanto, a rogar insistentemente para que pase pronto esta epidemia y que sus consecuencias sean lo menos perniciosas posibles. ¡Oremos por las personas que han muerto y sus familias, por los enfermos y por los que los cuidan y ayudan! ¡No nos olvidemos de pedir por aquellos en cuyas manos está el gobierno y la dirección de nuestra patria y de nuestros pueblos! ¡Que busquen el bien común y que generen ese cauce adecuado para crear esa amistad social de la que nos habla el papa Francisco en su última encíclica *Fratelli tutti*, y que no sean causa, con sus diatribas y estériles enfrentamientos, de divisiones y enfrentamientos! Seamos constantes en esa oración de petición y súplica y acompañémosla con algunos sacrificios.

El Señor Jesús insiste en reiteradas ocasiones en la necesidad de hacer oración de petición. Lo hace cuando asegura a sus discípulos que lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré (Jn 14,13), repitiendo lo que ya había asegurado antes: todo lo que pidáis orando con fe, lo recibiréis (Mt 21,22). Nos invita a una intensa confianza: Pedid y se os dará (Mt 7,7). Y llega a ofrecernos algunos ejemplos muy claros, fundados en la conciencia del inmenso amor del Padre: Si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le piden! (Mt 7,11).

Santa Teresa, como amiga fuerte de Jesús, recoge estas indicaciones del Divino Maestro, por ello es muy frecuente encontrar en su correspondencia numerosas súplicas a los destinatarios de sus cartas para que se rece por tal o cual intención, así como el compromiso suyo de interceder por algunas necesidades concretas. De ahí que en el inicio de una de sus obras, *Camino de Perfección*, llega a decirnos que una de las misiones de los monasterios que funda, si no la principal, era la de apoyar con su oración la labor de los misioneros en América y de los teólogos que rebatían las tesis luteranas. La Santa Doctora llega a firmar que una oración de intercesión, para ser verdadera, no debe buscar egoístamente el propio bien, sino que debe ser movida por la caridad y pretender de todo corazón la gloria de Dios y el bien de la Iglesia (cfr. CV 3,6). La oración de petición, dice la Santa, no se limita sólo a lo que se dice con palabras, sino que va acompañada de pequeños sacrificios ofrecidos por amor y, sobre todo, de un cumplimiento lo más perfecto posible de los consejos evangélicos. No se trata de hacer grandes cosas, sino de poner lo poquito que hay en mí... confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo (CV 1,2).

La misma Santa Teresa experimenta la eficacia de la oración de petición. Ella misma, cuando estaba desanimada ante las muchas dificultades con las que se

encontraba en sus fundaciones, afirmaba que se sentía sostenida por la oración de cuantos apoyan su obra y llegó a escribir en sus Fundaciones: Me tenía con tanta pusilanimidad entonces, que no parece confiaba nada de Dios. Mas las oraciones de aquellas benditas almas, en fin, pudieron más (F 28,14). ¡Qué fuerza tienen estas palabras en unos tiempos como los actuales, en los que hay muchos que se desaniman y desconfían ante la dureza del coronavirus y de sus consecuencias! ¡Qué hermoso es sostener, con nuestra oración, a personas que flaquean y saber-nos también sostenidos por ellas, en esa defensa espiritual que la oración de los cristianos levanta para toda la Iglesia como sólida muralla frente a los demonios del desaliento y la desesperación! Con la oración de intercesión unos pedimos por otros, seguros de que si siempre pedís a Dios lo lleve adelante, y no faais nada de vosotras, no os negará su misericordia (F 27,12).

Que con ocasión de esta fiesta solemne de la que es primera Doctora de la Iglesia todos los aquí presentes nos comprometamos, en la medida de nuestras posibilidades, a hacer lo que ahora el mundo y nuestra sociedad más necesita: suplicar el fin de la pandemia y pedir por la unidad y la estabilidad de las instituciones que configuran el marco sociopolítico de nuestra Patria. Hagámoslo personal o comunitariamente, invocando también la intercesión de Santa María Madre y de todos los Santos, y de manera especial con san José, tal como la santa hizo: Tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomiéndome mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores... este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabría pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer (V 6,6). Fiémonos de este medio de la oración y estemos seguros de que, si perseveramos en ella, el Corazón de nuestro Jesús que ha mirado con predilección a estas tierras no nos dejará desamparados.

Que así sea.

**Misa exequial por M. I. Sr. D. Camilo Andrade Rodicio,  
Canónigo Maestro de Capilla emérito**

*Santa Iglesia Catedral, 6 de noviembre de 2020*

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

Saludo con afecto a los sobrinos de D. Camilo, a los que en mi nombre y en el del Presbiterio Diocesano, que siente como vosotros la pérdida de este hermano sacerdote, les quisiera transmitir mi más profundo pesar.

El texto que nos ofrece la liturgia de la Palabra de este Viernes de Trigesima primera semana del Tiempo Ordinario nos sirve, providencialmente, para iluminarnos a todos los que esta tarde nos encontramos en esta Catedral acompañando los restos mortales de D. Camilo, nuestro hermano sacerdote. Son palabras cargadas de perenne actualidad. Nos recuerda el Apóstol:

Como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Jesucristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Solo aspiran a cosas terrenas.

Como cristianos, este aviso del Apóstol recobra una especial intensidad a la luz del tránsito a la eternidad de nuestro hermano sacerdote. Nos hemos reunido para rezar por él y agradecerle al Señor el don del sacerdocio vivido por D. Camilo al servicio de la Iglesia en Ourense. Inició su ministerio sacerdotal, curiosamente antes de que yo naciese en el año 1950, por la zona de Castro Caldelas, siendo ecónomo de San Pedro de Alais y encargado de Santa Baia de Trabazos -lugar en donde hace muy pocos meses he podido asistir a la restauración de aquella hermosa y solitaria iglesia-, poco después fue trasladado a San Eusebio da Peroxa (1952). Desde muy joven manifestó muy buenas cualidades para la música y el canto, y pasó a formar parte del clero de esta Catedral. ¡Cuántas veces su música y su voz se hicieron instrumento vivo de la belleza de Dios en las celebraciones litúrgicas en este templo dedicado a San Martiño!

Hoy, también nosotros, en este lugar en el que se encuentra el Pórtico del Paraíso, hemos escuchado la Palabra del Señor proclamada que nos interpela en nuestro caminar cristiano y con la mirada puesta en la eternidad, que es nuestra meta, porque somos ciudadanos del cielo, adquiere un sentido vivo la invitación de san Pablo para no ser enemigos de la Cruz de Jesucristo.

Necesitamos estar siempre atentos. En una generación como la nuestra, los cristianos corremos el riesgo de bajar la guardia y adaptar nuestras pautas de conducta a las que están de moda. Ese estilo de vida nos aparta de la Cruz de Jesucristo y, por supuesto, nos va alejando de esa eternidad porque nos lleva a aspirar solo

a las cosas terrenas, como nos lo recuerda la Sagrada Escritura. Cuando asistimos a un acto como este debemos reavivar nuestra fe para que así no perdamos la orientación de nuestra existencia ¡Somos ciudadanos de cielo! De ese cielo nuevo y de esa tierra nueva al que estamos llamados y para entrar allí el camino es la Cruz de Jesucristo y la puerta es la muerte que nos abre a una nueva perspectiva y nos sitúa ante una nueva dimensión en la que el Señor Jesucristo transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para someterlo todo.

¡He ahí la fuerza de nuestra esperanza! Por eso el Apóstol, y con él la Iglesia, nos pide que nos mantengamos así: amigos de la Cruz de Jesucristo. A los sacerdotes, como cristianos que somos, se nos invita de manera especial a ser buenos administradores de las cosas de Dios que buscan su gloria y el bien de tantos hombres y mujeres, sobre todo, que deseamos alcanzar la plenitud y la perfección personal: la santidad.

Al contemplar este féretro que contiene el cuerpo sin vida de nuestro bien querido hermano sacerdote, viene a nuestra mente la historia de amor y misericordia que Dios ha realizado a través de D. Camilo; también es verdad que no podemos olvidar las infidelidades y pobreza -el pecado- porque somos pequeños y frágiles. Pero, sobre todo, os ruego que penséis por momentos en las veces que celebró el sacramento del Bautismo y de la Confesión. Las muchas ocasiones en las que ha predicado la Palabra de Dios, o ha enseñado en la catequesis y en la docencia.

Algunos piensan que el ejercicio del ministerio sacerdotal no tiene sentido. Para aquellos que se quedan en el cálculo y en la administración rentable de cosas externas y materiales, puede ser que nuestra vida carezca de sentido; sin embargo, desde la perspectiva de la Vida, Ministerio, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo todo lo que la Iglesia le pide que haga un sacerdote tiene un valor extraordinario ¡impagable! Cuando uno de nosotros comienza a percibir que sus tareas cotidianas: oración personal, Liturgia de las Horas, estudio y repaso de cuestiones de teología (moral, derecho, pastoral, cultura general), la celebración cotidiana de la Santa Eucaristía, la visita a los enfermos, la atención al despacho parroquial, la cercanía a Cáritas, ¡y muchas cosas más!, carecen de sentido, este sentimiento pesimista y negativo, carente de realidad, nos puede llevar a reaccionar y a cambiar el ritmo de nuestra existencia.

Mis hermanos ¡es mucho lo que nuestro pueblo sigue esperando de nosotros, y más en estos momentos de desconcierto y de crisis generalizada! No podemos proceder como el administrador infiel, con cálculo y doblez, engañando y engañándose; nosotros no somos funcionarios; es decir, el sacerdote no es aquel que ejercida su función, tantas veces breve y con prisas, y una vez realizada esta, se acaba su servicio. Lo sabemos bien, ¡hermanos míos! nuestro ministerio abarca toda nuestra existencia. Somos llamados, ungid-consagrados para una misión

que tiene una perspectiva de eternidad.

Estoy por asegurar que muchos de vosotros estáis celebrando o participando en los “actos de ánimas” en este mes de noviembre. Os ruego que cuando tengamos que predicar esas verdades, llamadas eternas, eternas a nuestros hermanos y hermanas laicos, lo hagáis de forma positiva como una doctrina que tiene mucho que ver, no sólo con la existencia de nuestros seres difuntos, sino también con nuestra vida cotidiana. Recordémonos de lo que esta liturgia de exequias por D. Camilo nos dice: ¡Dale Señor el descanso eterno! ¡Que brille para él una luz eterna... y que sus obras le acompañen! ¡Cuántas veces las naves de esta hermosa y antigua Catedral han escuchado la voz de este sacerdote que en circunstancias similares cantaba : *requien aeterna dona eis Domine, et lux perpetuae luceat eis!* Hoy, nosotros, lo cantamos por él.

Nuestro descanso eterno, es decir, nuestra eternidad será tanto más auténtica, cuanto más nos acojamos a la misericordia amorosa del Buen Dios y cuanto más auténticas y fieles sean nuestras obras; es decir, el ejercicio del ministerio sacerdotal que, sin méritos por nuestra parte nos ha encomendado la Iglesia, sabemos que es un ministerio de eternidad que hunde sus raíces en este tiempo y en este lugar en el que nos encontramos situados. Hoy aquí se está llevando a cabo un prodigio de misericordia que, desde la perspectiva de la fe, tiene una trascendencia extraordinaria. En cada Eucaristía anunciamos la muerte del Señor, proclamamos su resurrección y aguardamos ese cielo nuevo y esa tierra nueva que hoy, anticipadamente, pedimos y deseamos para nuestro hermano y para todos los fieles difuntos.

Que esta ocasión, marcada por el tránsito a la eternidad de nuestro D. Camilo, nos sirva para renovar nuestra fe en esta realidad eterna, bajo cuya luz palidecen todos los afanes que muchas veces ponemos en las cosas terrenas, que no nos salvan, sino que, en ocasiones, se convierten en ataduras que nos roban la paz y nos impiden vivir como auténticos ciudadanos del cielo, que debemos preocuparnos en vivir de acuerdo con esos valores que brotan de la cruz del Redentor, unos valores que se convierten en esos tesoros donde la polilla y la carcoma no los roen y donde los ladrones no pueden abrir boquetes para robarlos. Hacedos tesoros en el cielo (cfr. Mt 6, 19). Estos tesoros, auténticas realidades de cara a la vida eterna, son la causa de esa luz que no tiene fin.

Dale Señor a nuestro hermano el descanso eterno y al que cerró sus ojos a la luz efímera de este mundo haz que pueda contemplarte a ti que eres la Luz y la Vida sin fin.

¡Que el Señor le conceda el descanso eterno y que brille sobre él la luz eterna, porque sus obras le acompañen! Amén.

## Solemnidad de San Martín de Tours, Patrono de la Diócesis de Ourense

*Catedral de San Martín, 11 de noviembre de 2020*

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Saludo con cordial afecto a los rectores y formadores de los Seminarios del “Divino Maestro” y el Seminario Diocesano Misionero “Remptoris Mater” y a los seminaristas.

A las Religiosas “Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, María Madre” que atienden la Catedral y a los demás miembros de la Vida Consagrada.

A los miembros de la “Asociación de Amigos de la Catedral de Ourense”.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

La primera de las lecturas de la Liturgia de la Palabra, que ha sido proclamada en esta solemnidad de san Martín, ha sido tomada de la profecía de Isaías y nos da la pauta para enmarcar la persona y el ministerio de éste que fue un gran pastor en la Iglesia de su tiempo y cuya impronta de santidad se extendió, primero por lo que hoy es Francia y, más tarde, por toda Europa; el texto dice así: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor, (...) para consolar a los afligidos (...) para dar a los afligidos una diadema (...) un perfume de fiesta (...) un vestido de alabanza (Is 61, 1.3a).

A lo largo de la milenaria historia de la Iglesia, la Providencia de Dios ha suscitado a una serie de personas que en un momento determinado se convirtieron en faros luminosos y en testigos de esperanza que no sólo generaron un intenso desarrollo humano, social y político en su entorno, sino que también fueron un elemento de evangelización proactiva en su entorno y en todo el horizonte de su época; ese dinamismo se extendió a lo largo del tiempo y ha llegado hasta el lugar en el que nos encontramos gracias a la influencia de otro gran misionero que fue el abad de Dumio y más tarde arzobispo de Braga, también llamado Martín, que como evangelizador de los suevos, antiguos pobladores de estas tierras, trajo la devoción y una reliquia insigne de San Martín de Tours a esta Catedral. Pienso que, desde este mismo lugar, su devoción se extendió a todos los pueblos de Galicia, contando con la tarea evangelizadora de los monjes; prueba de ello son las numerosas iglesias parroquiales que se fundaron bajo su patrocinio.

Pero ¿quién fue san Martín de Tours, y por qué su persona, todavía hoy, sigue reuniéndonos para celebrar su memoria? Soy consciente de que todos conocemos la historia de su vida y sus obras; sin embargo, en un momento como el actual, en el que nuestra sociedad está carente de verdaderas figuras en las que quisiéramos

encontrar luz y esperanza, tantas veces llegan a nuestras existencias voces que nos llenan de temor y desencanto, cuando no de falsas ilusiones y de espejismos fantásticos, que con muy poco espíritu crítico, van transformando nuestro ambiente y perfilando nuestra forma de pensar y de vivir; en esta situación es necesario buscar a esos grandes personajes de nuestra historia de fe y de la cultura cristiana que fueron configurando Occidente.

San Martín, aquel joven lleno de una fuerte vitalidad y de una aguda inteligencia, es llamado a formar parte de la guardia palatina del emperador Giuliano -hoy podríamos equipararlo a un soldado de la Guardia Real-; para este servicio no se escogía a cualquier joven. Eran necesarias una serie de cualidades físicas, dotes intelectuales, incluso tener buena presencia. Con solo quince años, pero magníficamente entrenado en la vida castrense por su propio padre, tribuno de los ejércitos romanos, inicia un camino que le convertirá en soldado de Cristo. Sin embargo, hay una circunstancia que pasa muy desapercibida en su hagiografía y es su asistencia a la escuela en la ciudad de Pavía. La escuela, después de la familia, se convierte para el ser humano en un gran agente de socialización, de ahí que, tanto ayer como hoy, las ideologías, que como enfermedades del pensamiento libre nos infectan en cada momento de la historia, siempre han caído en la tentación de querer instrumentalizar la educación con el fin de ideologizar al ser humano ya desde los primeros momentos de su desarrollo intelectual, mucho antes de que aparezca y se desarrolle ese sano espíritu crítico que cada uno de nosotros, haciendo uso de nuestra libertad, podemos ir adquiriendo y madurando a lo largo de la vida.

El comportamiento de san Martín durante su etapa como escolar y, más tarde, como cadete militar en un destacamento de élite, nos lo revela como una personalidad fuerte, atractiva y propositiva. Pero podemos preguntarnos qué es lo que ha transformado a este niño y joven en una persona tan fascinante. Sin ninguna duda pudiéramos responder con una palabra: la amistad. Sí hermanos míos. Sí mis queridos seminaristas: ¡la amistad!

Por eso ¡cuánto tenemos que agradecer al papa Francisco su última encíclica *Fratelli tutti* en la cual nos habla con tanta profundidad de la amistad a la que le añade un calificativo “social”: amistad social (FT 198 ss, 233)! Una amistad que el Santo Padre va perfilando a través de una serie de verbos: acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo esto se resume en el verbo “dialogar”. Para encontrarnos y ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar (FT 198). Martín se encuentra en la escuela con muchachos de su misma edad, casi todos influenciados por el ambiente pagano, porque a pesar de las consecuencias sociopolíticas del todavía reciente Edicto de Milán, en donde se establecía una cierta tolerancia a la práctica del cristianismo dentro del Imperio, la mayoría social seguía siendo pagana. El mun-

do conocido se abrió al cristianismo, pero los ciudadanos en su gran mayoría, seguían viviendo y actuando como paganos, entre ellos los mismos padres de san Martín; sin embargo, en aquella escuela se encontró con uno de sus compañeras que le acercó a Jesús. Fue aquel muchacho que, además de compañero, se hizo amigo y mediante el dialogo consiguió que Martín se encontrase con los testimonios vivos de hombres y mujeres que habían sido perseguidos por ser cristianos, algunos todavía llevaban las heridas físicas de haber sufrido suplicios por el nombre de Cristo; otros eran familiares de auténticos mártires. Allí se encontró con una palabra cargada de verdad; ya no se trataba de las fábulas del paganismo, ni de la propaganda oficial que estaba cargada de un extremo belicismo y de un triunfalismo trasnochado que llevaba el veneno de la destrucción dentro de su propia filosofía, porque aquel poderoso Imperio estaba abocado al fracaso y a su propia caída con la cercana presencia de los llamados pueblos bárbaros. En aquellas circunstancias, Martín aprendió a ser uno de esos héroes del futuro -de los que habla el papa en su encíclica- porque supo romper la lógica enfermiza de su ambiente y se decidió, como ya he dicho antes, a sostener con respeto una palabra cargada de verdad. Aprendió a respetar a todos los ciudadanos, independientemente de su pensamiento, procedencia, ideología y religión de tal modo que se fue convirtiendo en un misionero incluso antes de recibir el Bautismo; es decir, en un testigo misionero en aquel momento concreto de su historia. De ahí que en su nombre, casi dos siglos más tarde, su paisano san Martín de Braga logró que los suevos, cristianos arrianos provenientes de las fronteras periféricas del Imperio, se hiciesen católicos, y eso aconteció en estas tierras años antes de la conversión de Recaredo, en el reino visigodo de Toledo con ocasión del III Concilio de Toledo (a. 589); es decir, el Reino de la antigua Gallaecia se hizo católico antes de la vieja Hispania.

Hermanos míos, en medio de una sociedad adormecida como la nuestra, en donde el relativismo lo impregna todo y envuelve la realidad con sus modas impregnadas de pensamiento débil y de una supuesta tolerancia, de tal modo que este caldo de cultivo termina facilitando que los valores morales sean interpretados por los poderosos, que hoy revisten muchas facetas, según las conveniencias del momento; es precisamente ahora, cuando comprendemos que es la cultura la que se corrompe y ya no se reconoce alguna verdad objetiva o unos principios universalmente válidos, las leyes solo se entienden como imposiciones arbitrarias y como obstáculos a evitar (Laudato sí, 123). Esto que nos puede parecer algo abstracto no lo es tanto, ya que con ocasión de esta pandemia que nos afecta y atemoriza, y se ha convertido en la realidad a la que todos juntos tenemos que hacer frente, nos sorprende que los que nos gobiernan nos ofrezcan leyes, o proyectos legales, con los que quieren regular un estilo de enseñanza muy ideologizado, o nos quiere hacer ver que va de acuerdo con el auténtico progreso una ley



de eutanasia, y no una apuesta más definida por los cuidados paliativos y por la atención a los enfermos llamados terminales y a su entorno familiar con ayudas y refuerzos. Esa sí que sería una verdadera apuesta de progreso porque todo lo que busca el bienestar del ser humano supone un auténtico avance de nuestra civilización herida; sin embargo, este proyecto de ley de la eutanasia -que la tenemos ya ahí- nos la presentan justo ahora cuando han muerto muchas personas con ocasión del covid-19, de manera especial personas vulnerables a causa de su falta de salud y ancianas, cuyo número todavía hoy no sabemos con certeza, y que sigue aumentando.

El santo Padre Francisco en su última encíclica afirma: ¿No podría suceder quizás que los derechos humanos fundamentales, hoy considerados infranqueables, sean negados por los poderosos de turno, luego de haber logrado el “consenso” de una población adormecida y amedrentada (FT 209). ¿No será este el momento de despertar de nuestro sueño y no quejarnos después cuando el mal ya está hecho?

En este sentido, qué fuertes han sido las palabras del papa Francisco dirigidas a Europa: Sueño con una Europa amiga de la persona y de las personas. Una tierra donde sea respetada la dignidad de todos, donde la persona sea un valor en sí y no el objeto de un cálculo económico o una mercancía. Una tierra que cuide la vida en todas sus etapas, desde que surge invisible en el seno materno hasta su fin natural, porque ningún ser humano es dueño de la vida, sea propia o ajena. Una tierra que favorezca el trabajo como medio privilegiado para el crecimiento personal y para la edificación del bien común, creando fuentes de empleo especialmente para los más jóvenes (Carta al card. Parolín, 22 de octubre de 2020).

San Martín, de soldado del Imperio se convierte en soldado de Cristo; de servidor de un modelo caduco de violencia se transforma en ministro del Evangelio y para él ,siendo libre como era -como nos recuerda el texto de san Pablo-, se hace servidor de todos para ganar a los más posibles a la causa de la Verdad que no es una pura creación arbitraria y fantástica como aquella que le presentaban los poderosos del momento, sino que esa Verdad es la misma persona de Jesucristo.

Ante el estilo de vida de san Martín, nuestro patrono y protector, y en medio de esta pandemia que nos está afectando física, psíquica y espiritualmente, hagamos una apuesta por los últimos de nuestra sociedad, los pobres y descartados, los ancianos, enfermos y personas vulnerables; y no nos olvidemos que la opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres (FT 234). Y no nos olvidemos que entre esos pobres están también nuestros niños que pueden ser víctimas de las ideologías en los que en ocasiones se les siembra, a través de verdades a medias, una idea de la religión, de Jesucristo y de su Iglesia que nada o muy poco tienen que ver con la verdad.

Acudamos a Santa María, Madre de la Sabiduría, que nos ayude a despertar de nuestro sueño y de nuestras inercias y reaccionemos como nos enseñan los

santos, verdaderos héroes del futuro, con el fin de convertirnos en auténticos constructores de una civilización nueva de paz y de amor. ¡Que san Martín nos ayude! Y en estos momentos, como lo fue en otras ocasiones de la historia, sea para nosotros nuestro valedor contra la pandemia que nos afecta.

Que así sea.

## Misa exequial por el Rvdo. D. Manuel Rodríguez González

*Parroquia de Santa María de Couxil, 16 de diciembre de 2020*

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes.

Hermanas y hermanos míos en el Señor ¡Queridos amigos todos!

Saludo con especial afecto a los familiares de D. Manuel Rodríguez González y les trasmito en mi nombre, y en el de todos los sacerdotes tanto presentes como ausentes, nuestro más hondo pesar por el fallecimiento de este hermano nuestro sacerdote, sentimiento que nos afecta igualmente a todos nosotros porque también él pertenecía a esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano al que le duele su muerte que acogemos con un profundo sentido de esperanza.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo... para que fuésemos santos e irrepugnables ante él por el amor (Ef 1, 3-6).

Todos estamos en las manos providentes del Señor y bien es cierto que no sabemos ni el día ni la hora de nuestro tránsito a la eternidad; eso sí, tenemos la certeza de que sucederá aunque no sepamos ni el lugar ni el tiempo. ¡Estamos en las manos del Señor! ¡Somos del Señor! Nuestro hermano sacerdote, después de una larga y dolorosa enfermedad, que, sin duda alguna, le ha servido para purificar toda su existencia, fue llamado a la eternidad en este tiempo de Adviento, y en los umbrales del Año Santo Compostelano y de Año Santo de San José.

Por eso, aunque sentimos dolor por su pérdida, podemos decir con la fuerza de la fe ¡bendito sea Dios!

Hermanos míos: nuestra vida es un continuo adviento. Debemos estar preparados cotidianamente para la llegada del Señor. Hace unos días, en uno de los textos del Oficio de Lecturas, se nos hablaba de una triple venida del Señor. En la primera, nos preparamos para celebrar durante el tiempo de Navidad el misterio de la Encarnación del Dios con nosotros, que se hizo hombre asumiendo nuestra carne, sin dejar de ser Dios. En la tercera, aguardamos su venida con poder y gloria al final de los tiempos. Entre ambas nos encontramos con una venida intermedia y, en palabras de san Bernardo, ésta es como una senda por la que se pasa de la primera a la última: en la primera, Cristo fue nuestra redención; en la última, aparecerá como nuestra vida; en ésta, es nuestro descanso y nuestro consuelo<sup>1</sup>.

Nos movemos en esta dimensión espacio-temporal, y es precisamente aquí, en donde debemos llevar a cabo ese proyecto divino trazado desde la eternidad sobre todos nosotros: Nuestro Padre Dios nos eligió en Cristo, el rostro de la misericor-

---

1 SAN BERNARDO, *Sermón 5 en el Adviento del Señor*, 1-3.

dia, antes de crear el mundo... para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor. Así nos lo recordaba hace unos momentos el Apóstol.

¡Santos e irreprochables! ¡He ahí la clave de toda nuestra existencia de creyentes! Santidad personal. Ahora es el papa Francisco el que nos lo recuerda una vez más a través de *Gaudete et exultate*, pero ya, anteriormente, san Juan Pablo II, al comienzo del nuevo milenio, nos decía que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad; de tal modo que para él estaba claro que la santidad constituía una urgencia pastoral. En este mismo sentido nos recordaba el Santo Padre que el camino de la santidad sacerdotal es la fidelidad: Fidelidad a la memoria, fidelidad a la propia vocación. Fidelidad al celo apostólico. Fidelidad -ha explicado- significa seguir el camino de la santidad. Fidelidad también significa ofrecerse al obispo para ir a aquellos lugares en donde se nos necesita para ser testigos y misioneros. Nos ha recordado, además, que fidelidad significa perseverancia en la vocación.

Hermanos míos sacerdotes, y queridos amigos todos: en la Iglesia, a lo largo de la historia, las reformas y los planes pastorales han sido un éxito cuando estuvieron avalados por la oración personal y comunitaria, por la vida orante de todos y cada uno de sus miembros; de tal modo que si uno está enfermo, aunque sea el más insignificante, como sucede con el cuerpo humano, su malestar se comunica a todo el organismo. Solo si cuidamos con esmero y constancia esta praxis de la Iglesia nos daremos cuenta de que con la ayuda de la gracia de Dios, que nunca nos falta, y con nuestra correspondencia fiel a este don del Señor, a través de nuestras luchas cotidianas, a veces en lo mismo de siempre, viviremos en una constante conversión de nuestros corazones, y así evitaremos caer en la dinámica de esos cristianos que corren el riesgo de perder la fe, como nos lo recordaba san Juan Pablo II<sup>2</sup>. Ese debe ser el objetivo fundamental de nuestra existencia; porque, amigos míos, de que nos sirva ganar el mundo entero si perdemos el alma (cfr. Mt 16,26). Ante la certeza del morir, todos los actos de nuestra vida, incluso los más íntimos, tienen un significado que nos trasciende. De ahí que los santos entendían su vida personal, durante la peregrinación en la fe por este mundo, como una propedéutica para la muerte. Es necesario, pues, ante los restos mortales de nuestro hermano sacerdote que volvamos la mirada de nuestro corazón a la Inmaculada y que le digamos al Dios de la misericordia: Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38).

Aquí estamos Señor para aprender a hacer tu voluntad; quizás sería mejor que personalizásemos nuestra disponibilidad diciendo ¡aquí estoy para hacer tu voluntad! Mejor, para vivir tu voluntad como un servidor fiel, como han luchado por serlo tantos de nuestros sacerdotes que nos han precedido en el signo de la fe. Aprovechemos la oportunidad que nos da este encuentro de esperanza para

---

2 SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Novo millennio ineunte*, n° 34.

descubrir, a la luz de la muerte de uno de nuestros hermanos en este Presbiterio Diocesano, que el tiempo es breve cuando nos disponemos a amar y a servir a la Iglesia como ella quiere ser servida.

Hoy celebramos el *dies natalis* de nuestro hermano D. Manuel, ¡sus obras le acompañan! Cuando por dificultades de salud me pidió que le buscara un lugar en la Residencia del Divino Maestro, me manifestó que para él comenzaba un nuevo estilo de camino sacerdotal: la oración y el silencio operativo. He ahí sus obras últimas, obras avaladas por el sacrificio, la fidelidad a la Iglesia y, en estos últimos momentos de su existencia, por el dolor de su enfermedad hasta el último momento de su existencia en este mundo. Tenemos que comprometernos a ayudar a los sacerdotes a bien morir. Nosotros, hermanos míos sacerdotes, que hemos recibido el ministerio para servir a nuestros hermanos y hermanas, ayudándoles con los auxilios temporales y eternos a través de la oración y de los sacramentos de la Iglesia, de manera especial en los momentos de ancianidad y de enfermedad; nosotros debemos comprometernos en atender a nuestros hermanos sacerdotes en los momentos más importantes de su vida, acompañándoles en el tránsito a la eternidad y ayudándoles a clarificar sus últimas voluntades, evitando así tantas dificultades y contratiempos posteriores.

Hermanos míos, cuando uno de nuestros sacerdotes pasa a la eternidad, nuestro corazón siente algo en lo más íntimo de su propio ser. Vuela hacia nuestro Seminario diocesano. En una de mis últimas visitas le encomendaba que ofreciese sus dolores y la incomodidad de su enfermedad por las necesidades de la Diócesis y, sobre todo por el Seminario y las vocaciones en cuyo edificio se encontraba viviendo él. Su respuesta fue firme y rápida, ¡cuente con ello! Por eso, esta oración por nuestro hermano sacerdote se torna también en una súplica al Buen Dios para que nos conceda buenas y santas vocaciones al ministerio sacerdotal, y por la perseverancia de los que estamos ejerciendo el ministerio en la Iglesia.

Somos afortunados, hermanas y hermanos míos. La fe nos indica cuál es el Camino: Jesucristo. Y también nos dice cuál es la meta: cielos nuevos y tierra nueva. Vistos y contemplados desde esa gran eterna novedad, en una dimensión desconcertante y misteriosa, pero real, mientras vivimos en esta esperanza, luchemos por ser fieles, cada uno a su propia vocación. Vivamos la exigencia de nuestros compromisos cristianos como creyentes, siendo conscientes de la ternura de nuestro Padre rico en misericordia. Amemos y queramos, cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, a ésta que es Madre y Maestra, la Madre Iglesia, que hoy nos acoge a cada uno de nosotros, en este momento de oración por un hermano nuestro sacerdote en su tránsito a la eternidad. Y que ella, la Madre Iglesia, nos acoja a cada uno de los que estamos aquí, de tal manera que nos ayude a descubrir cuál es la voluntad de Dios.

A lo largo de su vida, cuántas veces los labios de D. Manuel han pronunciado

el nombre de Santa María, Madre de Misericordia; a ella le encomendamos y le pedimos, al mismo tiempo, que nuestro corazón se llene de esperanza, porque tenemos la certeza de que el Dios de Misericordia nos tiene preparada esa morada para cada uno de nosotros, desde el principio de la existencia. Seamos fieles. Luchemos por ser fieles mientras Él, el Señor, el Crucificado-Resucitado no nos lleve consigo, para que donde esté Él, también estemos nosotros en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva, que el apóstol Pablo dice que ni ojo vió, ni oído oyó, lo que Dios tiene preparado para los que le aman. Entre esos amados de Dios están nuestros sacerdotes. Hoy, de manera especial, está nuestro hermano D. Manuel Rodríguez González.

Dentro de unos momentos vamos a enterrar su cuerpo. Y lo enterramos como un símbolo, de tal manera que así como la semilla tiene que pudrirse en el surco de la tierra para que dé fruto, que nuestro hermano sacerdote también dé fruto, un fruto de vida eterna.

Que así sea.

---

## DISCURSOS

### **Alocución a los Arciprestes, Vicariprestes y Delegados episcopales**

*Sala Edith Estein del Obispado, 9 de diciembre de 2020*

Mis queridos Sres. Vicarios y Arciprestes:

Ante todo quisiera agradeceros vuestra presencia en este encuentro, toda vez que en los últimos meses no nos hemos podido ver como era nuestra “buena” costumbre. Estamos viviendo situaciones muy complejas de las que ninguno de los que estamos aquí hemos tenido, hasta ahora, una experiencia como ésta, aunque sean muchos nuestros años ¡que no lo son! , de ahí que para todos han sido momentos de especial dificultad ¡y siguen siéndolo! Aunque no podemos perder la esperanza ni el optimismo que hunde sus raíces en el amor providente de Dios, ¡no podemos cantar victoria! No nos olvidemos de la situación, todavía crítica, de los PP. Paules, Santiago y José Luis, responsables de la pastoral de la parroquia de La Milagrosa y de la dolorosa situación de la Comunidad Religiosa de las MM Calasancias de esta ciudad.

Desde el mes de marzo, con la aparición de esta pandemia, todos los proyectos pastorales se han visto anulados, pospuestos, alterados e incluso suprimidos. Fueron momentos de confusión tanto para nosotros como para las autoridades sanitarias y civiles y, en algunos casos, hemos experimentado alguna tensión institucional como ha ocurrido con la normativa restrictiva que afectaba a los templos más importantes de esta Diócesis, hace todavía unas semanas. Hemos podido constatar que, una vez más, a lo largo de la gestión de esta crisis, se ha convertido como certero aquello que decían nuestros mayores: orden, más contraorden, igual a desorden. Por nuestro bien y el de nuestros hermanos y hermanas que se nos han encomendado, procuremos mantener la paz y la prudencia necesaria a la hora de tomar alguna determinación y os recomiendo que prestéis atención a las orientaciones que se nos ofrecen desde la Vicaría para la Pastoral.

Aunque la situación de “crisis” no ha pasado todavía, y creo que es necesario seguir observando un criterio de prudencia con nosotros mismos y en el trato con los fieles que se nos han encomendado, os animo a que seamos conscientes de que la fuerte incidencia de la covid-19 nos ha hecho descubrir que solos no podemos nada, de que existe una fuerte co-implicación entre nosotros, querámoslo o no; como personas que somos estamos correlacionados íntimamente de tal modo que las omisiones, faltas, imprudencias y errores de uno afectan al otro, a los otros y, en consecuencia, a toda la Comunidad. Al ser sacerdotes, el juicio que se realiza acerca de nuestro comportamiento individual tiene siempre una trascendencia eclesial. Estamos llamados a colaborar juntos y vivir ese espíritu de

comuni3n al que nos invita la Iglesia y cuya importancia y belleza hemos podido constatar en las sesiones de nuestro S3nodo Diocesano; s3lo as3 seremos capaces de remontar esta situaci3n. No nos olvidemos de que la sinodalidad es la clave para entender todos los proyectos pastorales tanto en el 3mbito rural, como en el urbano. Hablemos claro, dig3monos las cosas por delante y sepamos buscar siempre el discernimiento adecuado en el contraste con los hermanos sacerdotes. Recordad c3mo el papa Francisco nos previene con frecuencia contra todo tipo de cr3tica y de murmuraci3n.

Quisiera ofreceros unos puntos de reflexi3n y de informaci3n, por si os sirven, tanto a vosotros como a los hermanos a los que represent3is:

1. Manteng3monos m3s cerca y unidos. Tenemos muchos medios que hoy facilitan esta proximidad: tel3fono, whatsapps, correo electr3nico, las videoconferencias y encuentros a trav3s de zoom, skype, etc.

2. Es necesario que nos animemos a ayudarnos mutuamente para afrontar las consecuencias que la incertidumbre en que vivimos est3 provocando en nosotros y en el pueblo de Dios. Estar cerca, llamarnos, informarnos de las diferentes situaciones que nos acontezcan tanto a nosotros como a nuestras familias y comunidades; cuidemos m3s la fraternidad dentro del Presbiterio. No nos olvidemos que uno de los graves problemas que est3 aflorando en nuestra sociedad, con especial virulencia, son las distintas soledades que est3 sufriendo nuestra gente, tambi3n nosotros. La experiencia global del confinamiento ha situado a la soledad en primera l3nea y mucho m3s en nuestro caso por nuestra situaci3n sacerdotal y, en ocasiones, por una mala vivencia del celibato apost3lico que en lugar de abrirnos libremente a los dem3s y a los hermanos sacerdotes, nos clausura en nosotros mismos, encerr3ndonos en nuestros miedos y buscando suced3neos que nos impiden vivir con alegr3a y libertad de esp3ritu. Con respecto a esto os ruego que estemos atentos porque podemos estar solos sin sentirnos solos y, al contrario, sentirnos solos sin estarlo. Atendamos a nuestros compa3eros; os ruego que nos dejemos atender y acompa3ar antes de que aparezcan las situaciones de angustia, depresi3n y de derrotismo que nos pueden aplastar, y que los especialistas est3n diagnosticando de forma exponencial. ¡Cuid3monos!

3. Es bueno que nos propongamos unas metas sencillas pero exigentes ¡No nos acomodemos! Superemos toda tentaci3n de inercia: ante las dificultades que seguimos teniendo para reunirnos, de poner en marcha la catequesis de forma ordinaria, los grupos b3blicos y de oraci3n, los retiros y las reuniones arciprestales y de zonas pastorales, sobre todo en aquellas en las que no hemos podido presentar la Programaci3n Diocesana de Pastoral 2020-2021, busquemos la manera de un contacto prudente con los sacerdotes del entorno o del arciprestazgo. Hemos aplazado algunas actividades, como las confirmaciones y otras actividades m3s comunitarias; os invito a que busqu3is iniciativas que, sin poner en peligro la



salud de nadie, nos permitan crecer como pastores misioneros; quizás debamos plantearnos, mientras continúe esta situación de pandemia, una pastoral de pequeños grupos tanto formativos como celebrativos, y no me refiero sólo a la Eucaristía. En este sentido os invito a que leáis y reflexionéis el documento: La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, que la Santa Sede, a través de la Congregación del Clero, nos ha ofrecido y que es un buen instrumento para que descubramos que en nuestra Diócesis estamos caminando en esta dirección que recomienda la Iglesia. En este mismo sentido, es bueno que hagamos lo mismo con el nuevo Directorio para la catequesis, publicado por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, os aseguro que su estudio y, mejor, su lectura-reflexiva, os dará sosiego, paz, alegría y mucha esperanza. Me consta que existen una serie de conferencias que se ofrecen en YouTube por parte del Secretariado de Catequesis de Galicia para que las podáis escuchar y ofrecer a vuestros colaboradores. Este tiempo fuerte de pandemia, desde la perspectiva de la fe, puede convertirse en una buena oportunidad para repensar la pastoral y apostar por “la renovación pastoral de las parroquias...” y caminar en la dirección que nos hemos propuesto y que ya aparece en algunas de las proposiciones aprobadas por nuestro Sínodo: construir parroquias misioneras.

4. Es necesario afirmar que la presencia de nuestra Iglesia en este tiempo de pandemia, y sobre todo de confinamiento, se hizo patente a través de Cáritas Diocesana y de las Cáritas parroquiales y arciprestales; los sacerdotes, algunas religiosas y sobre todo el voluntariado han sido rostro elocuente, operativo, pero silencioso manifestando dónde y con quien estaba la Iglesia. Creo que debemos seguir esa senda, sabiendo que necesitaremos muchas ayudas porque las consecuencias de la pandemia vendrán después.

5. No sería honesto con vosotros si no os recordara que estamos en Sínodo, que debemos esforzarnos por seguir caminando juntos. Urge reactivarlo entre los sacerdotes y los laicos que más se han implicado en su marcha. Debemos esforzarnos por buscar otros cauces de encuentro y reflexión. En este sentido he invitado a la Secretaría del Sínodo a que estudiase la forma de cómo podemos seguir reactivando el Sínodo. Cómo podemos replantear algunas proposiciones de las ya aprobadas en las Asambleas que hemos podido realizar y repensarlas, ahora, a la luz del impacto del covid-19. Hace unos días llegó a mis manos el libro que ya teníamos en imprenta cuando surgió el confinamiento; ya estaba preparado para conmemorar la clausura de este Sínodo y que debido a las circunstancias que nos afectan hemos tenido que posponerla. Este documento que nos han patrocinado gratuitamente es un reto que nos invita a seguir caminando, a seguir haciendo historia.

6. Además de la pandemia estamos viviendo en nuestro país situaciones so-

ciopolíticas preocupantes para todos. Quisiera que no perdierais la perspectiva y no os dejaseis robar la esperanza llevándoos por los profetas de calamidades ¡que los hay! En la última Plenaria del Episcopado Español se ha hecho una reflexión serena sobre todo esto que nos afecta y duele. La Iglesia en España sigue apostando por ser instrumento y cauce de perdón, de acercamiento de posturas, de puente, evitando todo tipo de crispación y enfrentamientos. El diálogo con el Gobierno está abierto en varios frentes y, en la mayor parte de los temas, la relación es cordial y respetuosa. Bien es cierto que existen escollos muy difíciles de superar porque se está imponiendo por parte de algunos sectores del mismo Gobierno una fuerte ideologización sobre algunas cuestiones, entre ellos, los más complejos son: Enseñanza-Educación, proyecto de Ley sobre la Eutanasia. Además, convendría decir que en estos momentos existen una serie de asuntos que el Gobierno actual, y más que ellos sus socios de gobierno, tienen una especial “preocupación” por las inmatriculaciones realizadas por la Iglesia Católica en España en los últimos años, desde 1998 a 2015. Algunos piensan que la Iglesia se apropió de bienes que no eran suyos. En estos momentos ya se encuentran en el Parlamento para su estudio unos gruesos informes de todas las inmatriculaciones de las que tiene constancia la CEE. La Iglesia en España, y aquí se incluyen las Congregaciones Religiosas y las Ordenes monásticas, ha inmatriculado 34.984 bienes. No son tantos como se puede pensar, no nos olvidemos que España existen más de 40.000 entidades con personalidad jurídica que pueden ser consideradas instituciones de la Iglesia Católica.

- 70 Diócesis
- 22.997 Parroquias
- 4.785 Comunidades religiosas
- 783 Monasterios
- Más de 10.000 asociaciones de fieles, fundaciones, cofradías, hermandades, etc., inscritas en el registro de entidades religiosas bajo el amparo de la Iglesia Católica.

- Más de 30.000 lugares de culto.

Desde hace unos años, sobre todo desde que formé parte del Consejo de Asuntos Económicos de la CEE, le he pedido a la Delegación Episcopal de Economía que se fueran dando los pasos necesarios para poner en práctica la ley de la transparencia y la clarificación legal de los bienes de los que es primer responsable, y custodio de los mismos, el Obispo. Podemos decir que la mayor parte de los sacerdotes han colaborado en esta gestión, aunque bien es verdad que necesitamos hacer todavía un pequeño esfuerzo para estar totalmente al día.

Además de lo dicho, la preocupación de los que nos gobiernan se centra, de manera especial en: las propiedades de las fundaciones e instituciones que directa o indirectamente dependen del Obispo. El dinero en B que se mueve en nuestro

país sobre todo relacionado con las funerarias. Esto está puesto sobre el tapete y no sabemos cuándo se intervendrá y por dónde; en Galicia, la Provincia Eclesiástica está estudiando este tema desde hace más de dos cursos y este año, después de consultar a los expertos en economía y derecho, tanto canónico como civil, se han tomado una serie de resoluciones con el fin de hacer ver qué hay de realidad en este tema y buscar una transparencia administrativa más adecuada y segura para todos.

No se ha tocado, todavía, la asignación tributaria, porque es una situación muy compleja que afecta a los Acuerdos; sin embargo, sí se quiere suprimir el IBI y el ICIO. En este sentido se ha dialogado con las autoridades manifestándole que en este caso la Iglesia no pide privilegios sino que se acogerá a la Ley de Mecenazgo que afecta a otras instituciones como fundaciones, asociaciones deportivas, Cruz Roja, sedes sociales de partidos políticos, ONGs, etc.; en este caso vamos juntas todas las instituciones religiosas españolas, sobre todo judíos, musulmanes, etc.

Teniendo en cuenta las tristes experiencias de dolor y muerte que hemos vivido y de las que fuisteis testigos presenciales, por haber estado en primera línea, la Plenaria de la Conferencia Episcopal nos ha pedido a los presidentes de las Comisiones de Doctrina de la Fe y de Liturgia de la CEE que elaborásemos un documento, que lleva por título: Instrucción pastoral sobre el acompañamiento de la muerte y el duelo. Anuncio de la Vida eterna. Celebración de las exequias e inhumaciones: Un Dios de vivos. Este documento fue aprobado por unanimidad de los obispos y lo presentaremos en Madrid, el próximo día 22 de diciembre.

7. Quisiera, para terminar, mencionar varios acontecimientos, algunos inmediatos, otros ya en el horizonte. A ellos, en la medida de nuestras posibilidades, debemos buscar respuestas y realizar actividades. Me refiero a:

- La próxima apertura del Año Santo Compostelano. Como algo que acontece y que se celebra especialmente en Compostela, la sede Metropolitana a la que estamos vinculados desde siglos: peregrinaciones parroquiales, arciprestales, de grupos. Una gran peregrinación diocesana, etc.

- El anuncio del Santo Padre de un Año Santo de San José desde el 8 de diciembre de este año hasta el próximo 8 de diciembre de 2021. Nos ha ofrecido una hermosa Carta apostólica, *Patris cordis* (con corazón de padre). Os ruego que hagáis llegar sugerencias sobre la forma y manera de llevarlo a cabo sabiendo que a san José se le tiene especial devoción en nuestro pueblo y ésta puede ser una ocasión propicia para invocarle y pedirle con insistencia que aparte de nosotros esta pandemia y, como siempre, por las vocaciones sacerdotales y la perseverancia y santidad en nuestras vidas sacerdotales, así como por las familias y los matrimonios que son la clave de la verdadera tarea evangelizadora. Este acontecimiento al ser universal tiene unas implicaciones en nuestra Diócesis, de manera especial en torno a los templos dedicados a San José. He pensado que realizásemos algún

acontecimiento en la parroquia de San José de Vistahermosa. Por lo de pronto, el próximo día 11 de diciembre, vamos a celebrar los sacramentos de la iniciación cristiana de un adolescente y la confirmación de un grupo de alumnos de nuestro Seminario Menor de A Inmaculada.

- Pensemos también en la Peregrinación Europea de Jóvenes a Santiago de Compostela, en agosto de 2021.
- Preparación de la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, 2022; ya nos están llegando invitaciones y ruegos de nuestros hermanos portugueses. Debemos implicarnos, de manera especial nosotros, por nuestros vínculos de cercanía. Muchas gracias.

## Alocución al Consejo Presbiteral

*Salón Edith Stein del Obispado, 16 de diciembre de 2020*

Mis queridos hermanos en el sacerdocio:

Gracias por vuestra presencia y por vuestra colaboración con el Obispo en la tarea pastoral, de manera especial en estos momentos difíciles para todos. Os invito, de manera especial, a que sigáis cuidándoos y que no bajéis la guardia en el cumplimiento de los protocolos sanitarios que nos protegen y así protegemos a las personas de nosotros. Así como se lo decía hace unos días a los Sres. Arciprestes, en estas circunstancias es bueno que valoremos el espíritu de comunión y potenciemos más la fraternidad entre nosotros. Aunque la situación de “crisis” no ha pasado todavía, y creo que es necesario seguir observando un criterio de prudencia con nosotros mismos y en el trato con los fieles que se nos han encomendado, os animo a que seamos conscientes de que la fuerte incidencia de la covid-19 nos ha hecho descubrir que solos no podemos nada, de que existe una fuerte co-implicación entre nosotros, querámoslo o no; como personas que somos estamos correlacionados íntimamente de tal modo que las omisiones, faltas, imprudencias y errores de uno afectan al otro, a los otros y, en consecuencia, a toda la Comunidad. Al ser sacerdotes, el juicio que se realiza acerca de nuestro comportamiento individual tiene siempre una trascendencia eclesial y lo estamos experimentando con los casos judiciales en curso, aprovecho para pedirlos que recéis por alguno de estos sacerdotes porque su situación jurídica se está complicando últimamente. Recemos y hagamos rezar, como nos recuerda el Evangelio; este enemigo sólo se vence con oración y sacrificio.

- Estamos llamados a colaborar juntos y vivir ese espíritu de comunión al que nos invita la Iglesia y cuya importancia y belleza hemos podido constatar en las sesiones de nuestro Sínodo Diocesano; sólo así seremos capaces de remontar esta situación. No nos olvidemos de que la sinodalidad es la clave para entender todos los proyectos pastorales tanto en el ámbito rural, como en el urbano. Hablemos claro, digámonos las cosas por delante y sepamos buscar siempre el discernimiento adecuado en el contraste con los hermanos sacerdotes. Recordad cómo el papa Francisco nos previene con frecuencia contra todo tipo de crítica y de murmuración. La Iglesia como “madre y maestra” nos está enseñando que estos momentos son la ocasión privilegiada para descubrir la importancia que tiene la sinodalidad en nuestra vida. Que ninguno de nuestros hermanos se encuentre solo, que nos avisemos para acudir a su ayuda. Que sepamos estar cerca de aquellos que nos necesitan, cuidando de manera especial los contactos a través de todos los medios que tenemos a nuestro alcance. Con respecto a esto os ruego que estemos atentos porque podemos estar solos sin sentirnos solos y, al contrario,

sentirnos solos sin estarlo. Atendamos a nuestros compañeros y, os ruego que nos dejemos atender y acompañar antes de que aparezcan las situaciones de angustia, depresión y de derrotismo que nos pueden aplastar, y que los especialistas están diagnosticando de forma exponencial durante esta pandemia.

Pero además de la pandemia, son otras las dificultades que nos van afectar y sólo juntos todos los hijos de la Iglesia lo podemos superar con mayor serenidad: la problemática de las inmatriculaciones, el tema de los dineros en B que emergen de las relaciones con las funerarias, los bienes de las fundaciones...no sé si habéis escuchado un spot publicitario que en una de las tv nacionales están haciendo repitiendo unas palabras del papa Francisco con respecto al dinero de la Iglesia.

¡Cuidémonos! y ¡unámonos!

- Este es un Consejo Presbiteral que finaliza su mandato, prorrogado por las circunstancias de la pandemia. Quisiera agradeceros vuestro trabajo y la representatividad que habéis encarnado y ejercido en nombre de vuestros hermanos sacerdotes. Han sido unos años complejos y delicados para nuestra vida diocesana y, con la ayuda del Señor hemos podido llegara hasta este momento que, para mí, en esta perspectiva de los ocho años del ejercicio de mi ministerio pastoral entre vosotros ha sido un milagro.

No es necesario que os recuerde que este Consejo es una de las estructuras al servicio de la sinodalidad en la Iglesia particular. Tal como dice el nº 81 de Sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia: “El Consejo presbiteral es presentado por el Concilio Vaticano II como «consejo o senado de los sacerdotes que representan el presbiterio», que tiene como finalidad «ayudar al Obispo en el gobierno de la Diócesis». En efecto, el Obispo está llamado a escuchar a los presbíteros, a consultarlos y a dialogar con ellos «acerca de las necesidades pastorales y el bien de la Diócesis». Esto se inserta en modo específico en el dinamismo sinodal complejo de la Iglesia particular, animándose de su espíritu y configurándose según el estilo de la sinodalidad.

El Consejo Presbiteral ha de ser cauce que muestre el empeño por vivir una verdadera comunión entre los presbíteros y de éstos con su Obispo. Como afirmaba Juan Pablo II en la Tertio millennio inneunte, no debemos ser ni máscaras de comunión ni caminos de individualismos pastorales: teniendo en cuenta que debemos respeta la diferencia legítima de estilos y opciones, es necesario que, siguiendo los consejos del papa Francisco, debemos aprender a superar reproches, prejuicios, exclusiones o resabios amargos..., no podemos quedar anclados en nuestra inercias.

- Os invito, una vez más, a que hagáis vuestra con ilusión y fuerza renovada estas dos opciones que, de algún modo son las “líneas fuerza” que quieren impulsar y potenciar la comunión en la Iglesia en Ourense: la continuación y finalización del Sínodo, y las Unidades de Atención Parroquial. No son ni caprichos

episcopales ni opciones de moda. Es el camino que en el hoy de nuestra Iglesia el Espíritu nos invita a recorrer juntos. Lo contrario sería volver a estériles caminos que sólo se afianzan en la comodidad pastoral o en el vacío del “siempre se ha hecho así”.

- Os invito, de nuevo, a Caminar hacia una acción pastoral conjunta y misionera (laicos, vida consagrada, presbíteros) donde liderar o moderar no significa ser el “centro de todo”, sino aprender a acompañar (a veces, implicará ir delante, otras veces en medio y no pocas al final, para que nadie se pierda), como nos recuerda el Papa.

- Estamos en tiempos de pandemia: mirar con la esperanza fundada en Cristo y en su huella en el corazón de nuestros fieles. Este momento es una oportunidad, que no puede perderse por el ansia de “volver a lo de antes”. Se pone a prueba aquello de saber responder, desde el Evangelio, con fidelidad y creatividad, que supone esquivar tradicionalismos estériles y modas pasajeras. Como he dicho ante, es tiempo de cuidarnos y acompañarnos.

- Economía de comunión. Quisiera agradecer a los muchos sacerdotes que han respondido con fidelidad a todas las solicitudes y requerimientos que se les han hecho desde la Delegación Episcopal de Economía. En comunión con toda la Iglesia en España hemos intentado llevar a cabo y poner a punto la “ley de transparencia” en muchos aspectos. Os puedo comunicar que, si no tuviéramos que hacer frente a deudas anteriores, que siguen apremiándonos, gracias a la gestión de la Delegación de Economía finalizaríamos un año más con un buen superávit, prueba de unos presupuesto conservadores en lo económico y con los recortes oportunos en aspectos no esenciales. Sin embargo, quisiera rogaros que tenemos que ayudar a algunos de nuestros hermanos sacerdotes a que se animen a remar en la misma dirección y a no sentirse atrapados por experiencias del pasado que ninguno de los que estamos aquí estamos dispuestos a repetir.

- La santidad como meta a conseguir. El papa Francisco ha sabido descubrir cuál es el verdadero camino de la conversión pastoral, de una pastoral misionera en una Iglesia en salida. Sólo lo podemos lograr si tomamos en serio la realización de nuestra santidad personal y la ayuda que debemos ofrecer a nuestros hermanos y hermanas en su camino vocacional. De manera especial quisiera que, en este Año Santo de San José, protector de la familia de Nazaret, nos preocupásemos mucho más de lo que estamos haciendo de las familias; sabemos por experiencia que la vida de la Iglesia en los momentos de confinamiento se mantuvo viva gracias a los hogares cristianos que se convirtieron en auténticas “iglesias domésticas” que nos recordaron aquellas primitivas “domus ecclesiae” que han sido el origen de nuestras comunidades parroquiales.

Ayudémonos más y cuidémonos los unos a los otros. En los momentos de adversidad y de crisis que sufriremos debemos estar unidos entre nosotros y con

la cabeza. No nos olvidemos que somos una gran familia en que todos somos necesarios y cada uno desempeña su ministerio para servicio de la comunión. Hablemos con sinceridad y respeto, no dejemos que las reticencias y la falta de claridad en algunos comportamientos o manifestaciones nos distancien y rompan lo más hermoso que es la comunión.



## Presentación de la Instrucción «UN DIOS DE VIVOS»

*Conferencia Episcopal Española, Madrid 22 de diciembre de 2020*

Presentación del Capítulo 4. “Celebrar las exequias cristianas”.

En una de las últimas Asambleas Plenarias del Episcopado español en el curso pasado, en vistas de las circunstancias con las que nos estábamos encontrando acerca de un serie de actitudes y posturas sobre la celebración cristiana de la muerte, se entorno social, doctrinal y celebrativo, se nos ha pedido a las Comisiones de Doctrina de la Fe y de Liturgia de la CEE un instrucción pastoral.

Mons. Benavent ha presentado la Instrucción pastoral sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias a la que se le ha dado un título emblemático “Un Dios de vivos”. Tal como se ha dicho, y de su lectura se desprende, les ofrecemos un texto sencillo y asequible a todos los lectores y, al mismo tiempo, expresado con gran belleza y profundidad.

1. Contexto. Después de esta exposición doctrinal sobre la realidad de la muerte a la luz de la fe de la Iglesia, una fe que está centrada de manera fundamental en la resurrección y en la vida eterna, se nos habla de la importancia pastoral que supone acompañar en el momento de la muerte a los fieles. Este documento concluye con el capítulo IV donde se aborda toda la problemática que encierra la celebración de las exequias cristianas.

Se ha pensado que fuese así porque la fe que se cree nos lleva, ineludiblemente, a expresarla a través de gestos y de ritos; sabemos que estos son algo propio y necesario en la psicología religiosa de las personas ya sean creyentes o no. De hecho, en toda aproximación a la fenomenología del hecho religioso a lo largo de la historia de la humanidad nos encontramos con restos arqueológicos y documentales que nos hablan del culto, respeto y devoción con que el ser humano a lo largo de su historia ha realizado para con sus muertos. Y esto es así porque el ser humano, porque podemos afirmar, que no tiene religión, sino que es un ser esencialmente religioso; incluso aquellos que manifiestan no tener ninguna religión, o se declaran ateos, o se define como agnósticos, a la hora de enfrentarse con la muerte de una persona querida realizan acciones y gestos significativos, no exentos de un cierto ritualismo.

En el cristianismo esta veneración y cuidado a los difuntos se ha dado desde el primer momento, por eso con este último capítulo de la instrucción que presentamos queremos recordar, aunque sólo sea de manera sintética y, al mismo tiempo, clarificar una serie de observaciones a cerca de los rituales de exequias desde el más genuino sentido cristiano; lo hacemos pensando no sólo en los pastores sino en el resto de los fieles para que en este documento encuentren certezas acerca de su fe y de la celebración de la misma.

2. Documentos de referencia. Para elaborar este trabajo, en primer lugar, hemos seguido una serie de documentos que están a disposición de todos los fieles y estudiosos del hecho religioso celebrativo de la muerte, de manera especial de los agentes de pastoral que, de algún modo son los encargados de llevar a cabo y dirigir estos ritos; me refiero al Ritual de exequias, en él nos encontramos los praenotanda o introducción general que vienen a ser como las Orientaciones doctrinales del episcopado español sobre las exequias.

La Comisión Episcopal de Liturgia está preparando una nueva edición de este ritual, cuya elaboración está muy avanzada y esperamos entregar en la próxima Plenaria para su aprobación. Sin embargo, tenemos que decir que en este renovado ritual se mantienen tanto los praenotanda como las orientaciones del ritual actual.

Los Obispos, pensando en el servicio que le podemos hacer a todos los fieles, nos pidieron que en este capítulo IV de la Instrucción, ofreciésemos una pequeña reflexión acerca de la cremación de los cadáveres, costumbre que en estos últimos años se está extendiendo en nuestra geografía. Eso hemos hecho, de manera muy sintética, sencilla y clara, apoyándonos en el documento reciente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, del 15 de agosto de 2016; no estamos refiriendo a Instrucción Ad resurgendum cum Christo.

3. Las exequias cristianas: puntos a destacar. El momento de las exequias es un acontecimiento doloroso para los que han sufrido la pérdida de un ser querido y también para su entorno familiar, profesional y de amistad. Los ritos exequiales intentan ayudarles a vivir este paso doloroso desde la perspectiva esperanzada de la fe cristiana que se funda en el misterio de Cristo muerto y resucitado, aunque muchas veces la fe flaquea ante la realidad de la muerte (n. 40); sin embargo, en estos momentos, los ritos exequiales bien celebrados se convierten en una ocasión para manifestarles el consuelo que la Madre Iglesia hace llegar tanto a sus hijos creyentes como aquellos que no lo son con ocasión de la muerte de un ser querido.

– ¿Qué son las exequias? La Iglesia celebra la Eucaristía -memorial del Misterio Pascual de Cristo, de su muerte y resurrección- y ora por el difunto para que, unido a Cristo, que murió y resucitó, pueda recibir el perdón de los pecados, sea ocasión de purificación, y se pide al Buen Dios que en su infinita misericordia le conceda la eterna felicidad y la resurrección gloriosa al final de los tiempos. Son, por tanto, la celebración de pascua del cristiano unido a la de Cristo, vivida en la fe y en la esperanza dentro de la comunión de la Iglesia. La liturgia está hecha de oraciones, lecturas, salmos, gestos y símbolos que contribuyen a dar este sentido pascual a la celebración (n. 41). Por eso, desde la perspectiva de la Comunión de los santos, la Iglesia ofrece la Eucaristía y ora por medio de ella todos los días por los difuntos. Hay muchos elementos en la celebración que nos recuerdan

ese carácter pascual: cirio, salmos, aleluya... pero sobre todo la Eucaristía que se celebra (n. 42).

– ¿Con qué actitud las celebramos? Oramos a Dios con esperanza confiada, porque creemos que la muerte no significa que Dios haya dejado de amar a esa persona. La fe hace brotar la esperanza en la resurrección futura, y por tanto hace nacer esa oración confiada que aparece en toda la celebración (n. 43). Y en ese ambiente celebrativo, bien cuidado y preparado, se encuentra la ocasión para recuperar la paz que consuelo que sólo el Dios de los vivos puede dar.

– ¿Cuál es el centro de las exequias? Las exequias no son un homenaje al difunto. En el ámbito de la fe y de la celebración cristiana el centro es Cristo y su misterio pascual, que se cumple en el hermano difunto. Por eso, aparte de preparar bien la celebración -oraciones, lecturas, moniciones, homilía, etc.- se han de evitar en las exequias todo lo que desdiga de este clima creyente, como ciertas intervenciones que a veces se pueden hacer por familiares o amigos (n. 44).

– Importancia de la celebración Eucarística. La celebración de la Eucaristía ha formado siempre parte del rito exequial. Por eso (n. 45) se invita a que si, por distintas razones (celebraciones en tanatorios, o presididas por diáconos u otros ministros) no se ha podido celebrar la Eucaristía en el momento de las exequias, se insta a que esta celebración transcurra en el contexto de una liturgia de la Palabra, dignamente celebrada y se invite a los presentes a que puedan participar más tarde, o en otro día, en la Eucaristía en sufragio por el difunto, a ser posible en su parroquia de referencia.

4. La cremación. El n. 39 de la Instrucción se habla de la cremación. La Iglesia la acepta siempre y cuando no vaya contra la voluntad del difunto o el hecho de elegirla no suponga un rechazo a la fe cristiana, aunque sea de forma inconsciente. Por eso las cenizas del difunto, como criterio general, deben custodiarse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o, si es el caso, en un lugar adecuado del entorno de la iglesia o en un área especialmente dedicada a tal fin por la autoridad eclesial competente.

De estos principios generales hablamos en este cap. IV de una forma sintética pero clara:

- Al celebrar las exequias de los que han elegido la cremación se han de elegir formularios adecuados que no hablen de la inhumación -ordinariamente las exequias se celebran antes de la cremación-. Si se celebran después hay que utilizar el rito correspondiente, contenido en el Ritual de exequias, con las adaptaciones que allí se proponen.

5. Los columbarios. La instrucción no puede dar una normativa exhaustiva sobre este tema, porque eso le corresponde a cada obispo diocesano. Sin embargo, ofrecemos una serie de orientaciones:

- No se pueden enterrar cadáveres en las iglesias, salvo la excepción del papa,

cardenales u obispos en sus propias iglesias. Un columbario, equiparado por el derecho a un cementerio, no se puede ubicar en el lugar en donde se reúne la comunidad para las celebraciones litúrgicas. Es preferible que esté en un lugar separado -por ejemplo en una cripta-, y a ser posible con acceso propio (n. 47).

- Los columbarios habrán de ser bendecidos, porque la tradición cristiana tiene preferencia por depositar los restos mortales en lugares bendecidos.

- Actualmente no existe un rito de bendición de los columnarios; sin embargo, la Comisión Episcopal de Liturgia está elaborando uno para entregar a los Sres. Obispos con el fin de que sea aprobado y así podamos incluir en la próxima edición del Ritual de exequias y de allí pasar al Bendicional (n. 48).

- En interesante destacar que en este documento que estamos presentando, tal como nos lo han solicitado los Sres. Obispos, hemos incluido un apéndice con la normativa recogida en la instrucción *Ad resurgendum cum Christo* y el informe elaborado por la Junta de Asuntos Jurídicos de la CEE.

- Les resumo a continuación los puntos principales:

- Como norma general, se han de conservar las cenizas en un lugar sagrado.

- No se permite conservarlas en el hogar (en todo caso se necesitaría permiso del Ordinario). Tampoco han de ser divididas entre los familiares y amigos.

- No se ha de realizar la dispersión de cenizas en el aire, la tierra o el agua, ni convertirlas en piezas de joyería u otros artículos para evitar malentendidos ajenos a la fe cristiana.

- La Junta de Asuntos Jurídicos de la CEE:

- Qué es un columbario (n. 1).

- Se equiparan a los cementerios (se incluye la referencia a los cánones correspondientes) (n. 2).

- No podrán estar dentro del templo en el que se celebran las acciones sacras, sino en ambientes anexos y bien diferenciados, a los que se acceder, a ser posible por algún lugar independiente (mejor así para no perturbar las acciones litúrgicas) (n. 3).

- Sí puede haberlos en oratorios o capillas privadas a modo de panteón o sepultura familiar (n. 4).

- Se puede colocar un altar para poder celebrar la Eucaristía (como puede haberlo en un cementerio) (n. 5).

- Se recomienda a los Obispos diocesanos que elaboren un estatuto o reglamento para todo columbario (n. 6).

- Respeto de la normativa civil (n. 7).

Muchas gracias por su atención y Feliz Navidad a todos.

## CARTAS

**Carta Pastoral al inicio del Adviento 2020**  
**Hay que dar la cara por la vida**

El Adviento está marcado, como de todos es sabido, por tres aspectos: Por una parte, es el tiempo litúrgico con el que nos preparamos para vivir bien la fiesta de la Navidad, que consiste en celebrar el misterio de la encarnación del Verbo de Dios; por otra parte, tiene un sentido escatológico ya que a lo largo de esta etapa nos disponemos con especial intensidad a vivir en esperanza la venida definitiva del Reino de Dios al final de la historia. Entre ambas realidades, este momento litúrgico de cuatro semanas nos ayuda a vivir atentos y vigilantes preparándonos bien para celebrar ese nacimiento a la vida eterna, ese dies natalis particular que cada uno de nosotros experimentará cuando finalice su peregrinación por este mundo. Podemos afirmar que en cada momento de nuestra existencia cotidiana nos encontramos en un perenne adviento: preparándonos para un bien morir. En este sentido podríamos decir que cuanto más uno cree morir, más vivo está; es más, mientras vivimos nos sentimos habitados por la muerte<sup>1</sup>. En la actualidad, muchos de nuestros contemporáneos plantean la muerte como el final, y este final de la vida será como un comienzo de la no-vida; es decir, de otra forma de vida que no es como la que estamos viviendo; o como afirmamos los creyentes, la muerte es el comienzo de la vida eterna. Esto que afirmamos es algo muy serio que no podemos trivializar, ni nosotros, ni nuestros niños y jóvenes; de hacerlo así haríamos una grave traición a nuestro ser más íntimo y a nuestra forma de actuar coherente con ese ser. Sea como fuere, este año el primer domingo de Adviento lo celebraremos, Dios mediante, el día 29 de noviembre. Desde esta perspectiva resulta especialmente emblemático el lema que se ha escogido para prepararnos, comunitariamente, a vivir este tiempo litúrgico: Yo espero en tu Palabra (Sal 119,114).

Si siempre es una ocasión propicia hacer una apuesta por la Vida y por la esperanza, estoy seguro que en estos momentos lo es de una manera más apremiante. Desde los medios y, sobre todo, las fuertes campañas publicitarias de las áreas comerciales nos han ofreciendo, con ocasión de la solemnidad de Todos los Santos y la Conmemoración de los Fieles Difuntos -celebraciones con las que siempre iniciamos el mes de noviembre-, una serie de propuestas que cada vez nos desconciertan más por lo que encierran en sí de una fuerte dosis de frivolidad sobre algo tan importante como es el morir de la persona y sobre la vida misma; este binomio poderoso - muerte y vida - está en la base de toda existencia humana y por mucho que hagamos no podemos enmascararlo. Me refiero a Halloween

---

1 Cfr. V. JANKÉLÉVITCH, *La muerte*, Valencia 2002, p. 253.

- que parece más una fiesta de disfraces y un anticipo de los carnavales que otra cosa - que es una celebración importada de los EE.UU., una colonización más de la poderosa sociedad de consumo contra la que nadie dice absolutamente nada. Al contrario, hasta en centros de inspiración cristiana hemos mordido el anzuelo de esta globalización negativa que nos viene impuesta por las grandes multinacionales. Según dicen, esta “celebración” tiene su origen en la fiesta de Todos los Santos a la que se le añadieron algunos matices procedentes de tradiciones celtas, de ahí que en nuestra tierra, en los últimos años, ya se esté patrocinando el llamado Samaín como una versión más “nuestra” del Halloween.

Evidentemente, nada voy a decir en contra del espíritu festivo que tanto necesita el ser humano y mucho menos en esta ocasión, en la que la pandemia que nos afecta está generando tantos miedos y preocupaciones, tantas tensiones reprimidas y tanto confinamiento que ha clausurado a muchas personas en la más hiriente soledad; aunque bien es cierto, que no ganamos nada con fantasear acerca de una de las cuestiones más serias que se plantea todo ser inteligente; porque, no podemos olvidar que la cuestión sobre la muerte es un elemento más de ese larguísimo proceso que se ha denominado “humanización”. En este sentido, se comprende como para los cristianos, hijos de la Iglesia, el mes de noviembre, también llamado mes de los santos, es todo él una invitación a pensar en la realidad del vivir humano desde la perspectiva de la eternidad. La aparición del covid-19 en nuestras vidas nos ha hecho cambiar muchas formas de existencia y se han llegado a modificar muchos criterios de conducta. Estamos observando que nuestra gente cada vez tiene más miedo y, en ocasiones, se perciben signos de desesperanza. Se huye del virus y cada vez nos encontramos más gente enferma de soledad, de stress, de insomnio, de depresiones. Como creyentes en el Dios de la Vida, el Dios de vivos (Lc 20,38; Mt 22,32; Mc 12,37) necesitamos abrir una puerta a la esperanza. Esto no significa que nos situemos en una perspectiva de cierta frivolidad, como a veces descubrimos en los comportamientos de algunos de nuestros contemporáneos, pero en estos momentos, más que nunca, es necesario reafirmar nuestra fe en la resurrección. Esta afirmación de la verdad de la fe nos hará más libres, porque la muerte no es el acontecimiento último de nuestra existencia, sino que se convierte en esa realidad, ciertamente dura y dramática que afecta a nuestra vida de forma “penúltima” porque siempre, después de ella, surge ese nuevo amanecer que adquirió un sentido radical con la resurrección de Jesucristo.

Esta experiencia de vida y de fe ya se vivía con dramatismo en los primeros momentos del despliegue histórico del cristianismo en el mundo conocido, y ya entonces san Pablo tuvo que salir al encuentro de aquellos que vacilaban en sus creencias cristianas, de tal modo que les llega a decir con fuerza: si no hay resurrección de muertos tampoco Cristo ha resucitado (1Cor 15, 13-15); sin

embargo, es verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón-Pedro (Lc 24,34) y el mismo Pablo nos ha manifestado, por escrito, su testimonio de fe: Yo os transmití en primer lugar lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras (1Cor 15, 3-4). Esta experiencia de fe, vivida y transmitida por los apóstoles y por la Iglesia, se apoya en la certeza de que la resurrección de Jesucristo es un acontecimiento histórico y trascendente, real y con manifestaciones históricamente comprobadas<sup>2</sup>. En esta certeza se fundó el testimonio de vida de tantos santos, los mejores hijos de la Iglesia, y en ella se apoya nuestra fe en la vida eterna. El ser humano no puede vivir atormentado por el sinsentido del dolor, la enfermedad y la muerte de sus seres queridos y en la suya propia, sino que percibe en lo más íntimo de su ser que a esta vida no le puede seguir la desaparición total, la disolución de nuestro ser en la naturaleza, en la nada ¡sería un sinsentido!

Llevamos en nuestra existencia la semilla de la eternidad y esta convicción se revela contra la muerte, de tal modo que el deseo de inmortalidad llegará a su plenitud en la Vida eterna, al estilo del Eterno Viviente que es Jesucristo, por eso podemos decir que para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia (Flp 1,21), o bien como nos recordaba la Liturgia de las Horas de la fiesta de Santa Teresa de Jesús: Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero. Aquella vida de arriba, que es la vida verdadera, hasta que esta vida muera, no se goza estando viva. Muerte no me seas esquiva, viva muriendo primero, que muero porque no muero. Esto quiere decir que los cristianos estamos llamados a dar luz sobre esta verdad y vivirla en nuestra experiencia cotidiana a pesar de las “noches oscuras” del dolor ante la muerte de nuestros seres queridos y de la constatación personal que percibimos con el paso de los años en nuestra limitada naturaleza. No podemos silenciar la verdad de nuestra existencia, ni dejar de ser testigos de esperanza a través de los pequeños gestos de amor y de vida que nos abren a la trascendencia. La muerte no es un juego, ni una mascarada, ni un negocio, sino que es un acontecimiento radical y muy importante que llena nuestra existencia de seriedad, de realismo y de Vida. No somos dueños del morir. Con la muerte no se juega. No se entienden pues esos planteamientos que se hacen desde los medios y brotan de los labios de algunos políticos, poniéndonos como ejemplo a otros países como signo de progreso para justificar la ley de la eutanasia. En este sentido, hace unos meses el Dr. Theo Boer<sup>3</sup>, Profesor de Bioética y miembro de la Comisión ministerial de la eutanasia en Holanda, llegó a afirmar que en su país la eutanasia empezó a ser considerada como una solución de último recurso y se ha visto cómo acabó convirtiéndose en la manera de morir por defecto; es decir, pasó de ser considerada como una excepción extrema para pacientes con unas

2 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 639.

3 Dr. Theo BOER ([alfayomega.es/theo-boer-en-20-años-estareis-como-en-holanda/](http://alfayomega.es/theo-boer-en-20-años-estareis-como-en-holanda/))

condiciones muy estrictas de vida, a convertirse en la manera habitual de morir<sup>4</sup>. No podemos olvidar que con un clima de muerte patrocinada desde los sistemas legales supuestamente progresistas se cae en ese viejo aforismo: la oferta genera la demanda. De hecho, allí donde se aprobó la eutanasia aumentaron los casos de muerte de forma exponencial y, en estos momentos lo que más está preocupando en alguno de estos países, que tienen legalizada la eutanasia, son las solicitudes para morir que presentan los niños<sup>5</sup>.

Yo espero en tu Palabra (Sal 119,114). Inmersos en una pandemia que en su primera fase se ha cebado de manera especial con nuestros mayores, de entre los que han muerto un buen número de ellos - todavía hoy, no sabemos con certeza su número exacto - ¿tiene sentido plantearse una ley que regule la eutanasia o más bien sería conveniente plantearse una legislación que propiciase los cuidados paliativos en nuestros centros sanitarios, o el acompañamiento y servicio a los familiares con enfermos terminales que se encuentran en los domicilios particulares?. Este sería un proceso más humano y progresista que ayudaría a mitigar el posible dolor y la cercanía humana a los enfermos terminales con la potenciación de los cuidados paliativos. Resulta paradójico que en estos precisos momentos nos sorprendan con este proyecto de ley que la sociedad española está invitada a tragar sin más. Precisamente, en estas circunstancias en las que la pandemia está haciendo estragos, de manera especial entre nuestros mayores, es cuando se ve la urgente necesidad de unas leyes adecuadas que regulen este momento crítico en el que nos encontramos; no podemos estar viviendo con especial incertidumbre y vacilaciones las órdenes y contraórdenes de nuestras autoridades en estos momentos. ¿No será acaso más importante plantear una ley, con el máximo consenso social y político, que regule esta situación sanitaria que se puede prolongar en el tiempo? Y, sin embargo, nuestros gobernantes nos presentan un proyecto de ley sobre la eutanasia aunque ésta no sea la necesidad que de forma perentoria afecte e interese a la mayor parte de nuestra sociedad. Y esta ley no sólo debe interesar a aquellos ciudadanos que tenemos sentimientos religiosos, porque esta no es una cuestión religiosa sino que va mucho más allá porque afecta a dere-

---

4 En Holanda se aprobó la ley de la eutanasia en 2002. En el primer año hubo 1.883 casos, la mayoría fueron enfermos de cáncer; sin embargo, en 2019 se llegaron a 6.369 casos y las patologías que se adujeron fueron distintas: enfermedades psíquicas, discapacidades, autismo... hasta se dio el caso de alguna persona con acúfenos insoportables en los oídos. En su día, la ley de eutanasia en Holanda también se presentó como medida de prevención contra los suicidios, sin embargo, desde que se aprobó la ley estos últimos han aumentado un 35% en diez años, y los casos de eutanasia un 150%. En estos momentos se discute una nueva propuesta de ley, que abre esta posibilidad a cualquiera que supere los 75 años, independientemente de la enfermedad que padezca.

5 Cfr. Entrevista al Dr. BOER recogida en la revista *Huellas. Litterae communionis*, octubre 2020, pp. 18-21.



chos fundamentales y, detrás de todo ese entramado lo que se pone en juego es una configuración de la sociedad del futuro y tras ella se descubre una falta de esperanza, una política adecuada que nos ayude a reconocer que debemos ser constructores de un “nuevo vínculo social”, porque la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro<sup>6</sup>. Además, el planteamiento de todas estas leyes se apoya en el hecho de que para muchos de nuestros conciudadanos, incluso algunos creyentes, ver a alguien sufriendo nos molesta, nos perturba, porque no queremos perder nuestro tiempo por culpa de los problemas ajenos. Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor<sup>7</sup>. Tenemos que ser conscientes de que como creyentes debemos ser hombres y mujeres constructores de una civilización nueva y no podemos dejarnos eclipsar por las ideas, aunque estas sean muy bien propuestas y bellamente presentadas por los medios, que con tantos recursos y, a base de repeticiones sistemáticas, puede cambiar nuestro estilo de pensamiento; jamás podemos olvidar que el cristiano no sirve a ideas, sino que sirve a personas. En este sentido qué fuertes y clarificadoras son las palabras que el papa Francisco ha dirigido en una carta al cardenal Parolin, Secretario del Estado Vaticano, en donde nos dice: Europa, ¡vuelve a encontrarte! Vuelve a descubrir tus ideales, que tienen raíces profundas. ¡Sé tú misma! No tengas miedo de tu historia milenaria, que es una ventana abierta al futuro más que al pasado. No tengas miedo de tu anhelo de verdad (...) Sueño una Europa amiga de la persona y de las personas. Una tierra en donde sea respetada la dignidad de todos, donde la persona sea un valor en sí y no un objeto de un cálculo económico o una mercancía. Una tierra que cuide la vida en todas sus etapas, desde que surge invisible en el seno materno hasta su final natural, porque ningún ser humano es dueño de la vida, sea propia o ajena<sup>8</sup>.

El papa Francisco, de manera profética había realizado un diagnóstico acerca de la situación de nuestra sociedad en la que se perciben signos de muerte contra los que el optimismo realista que brota de la Buena Nueva de Jesucristo nos invita a reaccionar, y lo hace destacando con dolor lo que ya había mencionado en otras ocasiones, ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad, y llegó la hora de advertir que esa alegre superficialidad nos ha servido de poco. Esa destrucción de todo funda-

---

6 FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, nº 66 (FT) .

7 Ibid. nº 65.

8 FRANCISCO, *Carta dirigida al Emmo. Cardenal Secretario de Estado, Pietro Parolin, con ocasión del 40º aniversario de la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea (COMECE), el 50º aniversario de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la Unión Europea y el 50º aniversario de la presencia de la Santa Sede como Observador Permanente ante el Consejo de Europa, (22 de octubre de 2020, Memoria de san Juan Pablo II).*

mento de la vida social termina enfrentándonos unos con otros para preservar los propios intereses<sup>9</sup>. Si volvemos nuestra mirada a la sociedad de la que formamos parte y al estilo de vida y de pensamiento de nuestros conciudadanos nos damos cuenta de que parece que estamos en un “callejón sin salida” y, para mayor gravedad, ahora nos visita una pandemia que nos trastoca todo lo que estábamos haciendo; nos ha cambiado nuestros proyectos profesionales y pastorales; incluso ha modificado nuestras pautas de costumbres llegando a distanciarnos y a tener un cierto miedo o prevención los unos a los otros. Ante esta situación el papa nos sugiere que volvamos a promover el bien, para nosotros mismos y para toda la humanidad, y así caminaremos juntos hacia un crecimiento genuino e integral. Cada sociedad necesita asegurar que los valores se transmitan, porque si esto no sucede se difunde el egoísmo, la violencia, la corrupción en sus diversas formas, la indiferencia y, en definitiva, una vida cerrada a toda trascendencia y clausurada en intereses individuales<sup>10</sup>.

Ante esta especie de esclerosis cultural que parece que lo está invadiendo todo nuestro Plan Pastoral nos invita a pensar que nos encontramos en un momento en el que parece que estamos a la intemperie, sin recursos, sin criterios y sin ningún elemento de referencia, de ahí que es bueno que apostemos por llevar a cabo la invitación de Francisco de no esconder la luz y la esperanza que brota de la Buena Nueva porque si la música del Evangelio deja de sonar en nuestras casas, en nuestras plazas, en los trabajos, en la política y en la economía, habremos apagado la melodía que nos desafiaba a luchar por la dignidad de todo hombre y mujer. Otros beben de otras fuentes (...) <sup>11</sup>para nosotros ese manantial está en el Evangelio. El dinamismo y la fuerza que brota de la Palabra del Cristo Viviente es la que nos sigue interpelando cotidianamente, a pesar de la pandemia y de sus fases. Tenemos delante de nosotros el camino emprendido de conversión personal y pastoral, y dentro de este dinamismo del Espíritu se encuentra la rica experiencia de sinodalidad que hemos vivido desde que ha sido convocado nuestro Sínodo Diocesano, acontecimiento de gracia en el que seguimos inmerso y que, seguro, marcará los pasos que como familia que camina unida, como Iglesia que camina en comunión, a pesar de los pesares, será el faro y la guía que iluminará nuestras tareas pastorales en esta Iglesia particular a lo largo de los próximos años. Es mucha la tarea y son muchos los retos de todo tipo que nos esperan tanto sociales, políticos, estructurales, económicos, etc. pero seguro que con la ayuda de Dios y de Santa María Madre seguiremos caminando, paso a paso, al ritmo de Dios, sin que nada ni nadie nos impida seguir viviendo esta experiencia sinodal que marca toda la existencia de la Iglesia Universal y, por consiguiente, también

---

9 FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato si'*, n° 229.

10 FT, n° 113.

11 FT, n° 277.

---

todos los proyectos pastorales de nuestra Iglesia particular.

Tengo la certeza de que colocando nuestra confianza en la Palabra del Señor y en el dinamismo de su gracia podemos esperar que se hagan realidad todos esos proyectos que nos hemos trazado y que se pueden sintetizar tan solo en uno: santidad personal. Porque el Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada<sup>12</sup>. En este camino que hemos emprendido todos juntos, pastores, miembros de la vida consagrada y fieles laicos tenemos la certeza de que nos acompaña aquel peregrino desconocido ( Lc 24, 13-35) que con la fuerza de su gracia nos ayuda a hacer realidad el lema de nuestro Adviento: Yo espero en tu Palabra (Sal 119,114).

---

12 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, nº 1.

**Carta con motivo de la solemnidad de la Inmaculada Concepción**  
**8 de diciembre de 2020**  
**“La Inmaculada y el Seminario”**

Aunque el dogma de la Inmaculada Concepción fue proclamado el 8 de diciembre de 1854, sin embargo, la devoción mariana hunde sus raíces en los mismos orígenes históricos de nuestra Diócesis de Ourense. Aunque no tenemos documentos que lo avalen, sí sabemos que desde al principio de la evangelización de las gentes y de los pueblos de nuestra geografía se construyó en la ciudad de Ourense un templo consagrado a Santa María Madre, uno de los primeros a ella dedicados en el Noroeste peninsular. A mediados del siglo VI pasó a tener como titular a san Martín de Tours; sin embargo la referencia mariana no se eclipsó ¡todo lo contrario!.

La fiesta de la Inmaculada ya era celebrada en el siglo VIII en Oriente y en muchas localidades del Occidente. En España, ya en el XI Concilio de Toledo, el rey visigodo Wamba se denomina a sí mismo: Defensor de la Purísima Concepción de María. Y esto ocurría ya en el año 675. Posteriormente, a partir del año 1330 ya surgen las primeras cofradías dedicadas a la Inmaculada. La Orden Franciscana fue la abanderada en la propagación de esta devoción. A partir del siglo XVII corporaciones municipales de muchas ciudades españolas y los cabildos catedrales se comprometieron a defender la doctrina de la Inmaculada; es decir, que la Virgen María fue concebida libre de mancha original. En la catedral de Ourense, ya en 1658 el Cabildo encargó a Mateo de Prado una talla de la Inmaculada que fue sustituida por otra de mayores dimensiones en el siglo XVIII y que pueden contemplar y venerar los fieles en el centro de la girola de nuestra catedral.

Este año, la fiesta de la patrona de España, la celebraremos con toda la solemnidad posible aunque con la presencia limitada de fieles a causa de la pandemia. Los obispos españoles, debido a las circunstancias las difíciles que estamos viviendo, hemos decidido que se realizase en este día la Jornada del Seminario. En nuestra Diócesis esta realidad ha estado siempre muy metida en las entrañas de nuestro pueblo. Hoy es una realidad que está constituida por el Seminario Mayor “Divino Maestro”, el Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater”, en donde se preparan para el ministerio sacerdotal 18 seminaristas. Además, se encuentra en Seminario Menor de “A Inmaculada” en donde 85 adolescentes a través de actividades académicas, espirituales, culturales, deportivas y comunitarias puedan encontrar ese “microclima” adecuado en el que vayan progresando en el conocimiento de la persona y la vida de Jesucristo, de tal modo que conforme a su edad adquieran esa libertad interior que les capacite para acoger el designio de Dios sobre su vida. Este año han pasado tres alumnos del Seminario Menor al Mayor, ha sido y sigue siendo un momento de gracia que debemos acompañar

todos con nuestra oración.

En una sociedad como la nuestra, tan compleja y laicizada, los hijos e hijas de la Iglesia debemos acoger y acompañar el itinerario de estas instituciones que son imprescindibles para la vida diocesana. Es verdad que por diversas circunstancias que no es ahora el caso de subrayar, la Jornada del Seminario y su campaña de sensibilización al pueblo de Dios ha decaído mucho. Creo que necesitamos recobrar la esperanza y la ilusión. Sé que no son instituciones perfectas, pero también reconozco que se les exige mucho y, a veces, se pretende que nuestros Seminarios den una serie de respuestas que en el mundo en el que nos encontramos y con los ciudadanos con los que vivimos no es fácil contentar a todos. En la vida de las comunidades cristianas, en especial las parroquias, tenemos que hacer un esfuerzo por recuperar la pastoral vocacional y procurar que los niños y jóvenes sepan que existe esa institución que la Iglesia Diocesana ha establecido pensando en ellos y en su formación. Por otra parte, sería bueno que se recuperase aquel entusiasmo que, no hace mucho tiempo, vivían los fieles y se manifestaba en su colaboración generosa con la Obra de las Vocaciones y con la ayuda económica a los Seminarios, al Instituto Teológico “Divino Maestro” con su claustro de profesores y con la Biblioteca de este centro que es y sigue siendo el ente bibliotecario más importante de toda la Diócesis. Que la Madre Inmaculada nos ayude en esta tarea de mantener vivo el Seminario que fue timbre de gloria para esta Diócesis y debe seguir siéndolo para llevar a cabo esta nueva etapa evangelizadora de nuestras gentes y de nuestros pueblos.

## EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Octubre

*Volvamos la mirada a María*

Como todos los meses, deseo acercarme a vosotros por medio de esta carta. Os aseguro que en esta ocasión lo hago con cierta preocupación y desconcierto. Soy consciente de que estamos en las manos de Dios, que es bueno y providente, esta certeza me alienta a escribiros y a animaros. A pesar de los rebrotes insistentes que en la geografía diocesana son más frecuentes que en los momentos críticos del confinamiento, es necesario haceros llegar un mensaje de optimismo y esperanza.

Como miembros de esta gran familia en la fe, que peregrina por las tierras ourensanas, sabemos que para nosotros, Jesucristo, es siempre esa luz que nos ilumina y orienta, una luz que nunca se apaga aunque a veces nos parezca que caminamos por un túnel.

En estos momentos hemos tenido que recortar algunas actividades programadas, y lo hemos hecho dejándonos llevar por la caridad y la justicia. Estamos viviendo acontecimientos dolorosos que nunca antes hemos experimentado, un virus se hizo presente en nuestro mundo y se ha convertido en poco tiempo en una pandemia que nos afecta a todos.

Como Iglesia que camina en medio de estas tribulaciones, somos conscientes de que no nos faltarán los consuelos de Dios. Por medio de estas letras quisiera pedirle a los sacerdotes y demás agentes de pastoral que caminan con ellos que se esfuercen por convertir nuestros templos en lugares seguros y limpios, saneados contra cualquier presencia del virus.

No cerréis los templos, sobre todo los más significativos. Proponed a los fieles momentos de adoración a Jesús Sacramentado. Invitadlos a que supliquen con insistencia a los santos que como intercesores nuestros nos liberen pronto de estos males y podamos recuperar el ritmo cotidiano. En donde no podáis tener los templos abiertos, procurad estar atentos a las necesidades de los fieles, en especial de los ancianos. Llamadlos por teléfono y, si no podéis hacerlo, procurad que aquellos seglares más comprometidos traten de llamarlos y mostradles que en estos momentos no están solos, y si necesitan ayuda de la parroquia que no falte, por parte de los sacerdotes, una palabra de aliento, un momento para la escucha y una ocasión propicia para acercarles la ternura de Dios a través de los sacramentos de la sanación y del alimento de la Eucaristía.

Octubre ha sido, desde siempre, el mes del Rosario. Esta oración, evangelio de los sencillos, es una ocasión para acercarnos a los misterios de la vida de Jesucristo y para contemplarlos a través de los ojos de la Virgen Madre.

Como nos recordaba san Juan Pablo II, después de agotar todos los recursos

humanos, volvamos la mirada a Santa María para que nos auxilie en estos momentos de pandemia y nos conceda la paz interior y la esperanza para poder vivir una existencia más alegre.

Este es mi deseo para todos. Os ruego que recéis por mí.

## **Noviembre**

### ***Una apuesta por la Vida***

Este mes es una ocasión propicia para hacer una apuesta por la Vida. Desde los medios y, sobre todo, las fuertes campañas publicitarias de las áreas comerciales nos están ofreciendo, con ocasión de la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de los Fieles Difuntos, una serie de ofertas que cada vez nos desconciertan más por lo que encierran en sí de una fuerte dosis de frivolidad sobre algo tan importante como es la muerte y la vida, binomio poderoso que está en la base de toda existencia humana. Me refero a Halloween -que parece una fiesta de disfraces y un anticipo de los carnavales- que por otra parte es una celebración importada de los EE.UU. que, según dicen, tiene su origen en la fiesta de Todos los Santos a la que se le añadieron algunos matices en tradiciones celtas, de ahí que en nuestra tierra ya se esté patrocinando al llamado Samaín.

Evidentemente, nada voy a decir del espíritu festivo que tanto necesita el ser humano y mucho menos en esta ocasión. Sin embargo, para muchos cristianos, hijos de la Iglesia, el mes de noviembre, también llamado mes de los Santos, es una invitación a pensar en la realidad del vivir humano desde la perspectiva de la eternidad.

La aparición de la Covid-19 en nuestras vidas nos ha hecho cambiar muchas formas de vida y se modificaron los criterios de conducta. Estamos observando que nuestra gente cada vez tiene más miedo y, en ocasiones, se perciben signos de desesperanza. Como creyentes en el Dios de la Vida, el Dios de vivos (Lc 20,38; Mt 22,32; Mc 12,37) necesitamos abrir una puerta a la esperanza. Esto no significa que nos situemos en una perspectiva de cierta frivolidad, como a veces descubrimos en algunas personas, pero es necesario reafirmar nuestra fe en la resurrección. La muerte no es el acontecimiento último de nuestra existencia, sino que se convierte en esa realidad dura y dramática que afecta a nuestra vida de forma "penúltima" ya que siempre, después de ella, surge ese nuevo amanecer que adquirió un sentido radical con la resurrección de Jesucristo.

Esta experiencia de vida y de fe ya se vivía con dramatismo en los primeros momentos del despliegue histórico del cristianismo y ya entonces san Pablo tuvo que salir al encuentro de aquellos que vacilaban en su fe para decirles con fuerza: si no hay resurrección de muertos -como afirmaban y afirman algunos- tampoco

Cristo ha resucitado (1Cor 15, 13-15); sin embargo, es verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón-Pedro (Lc 24,34) y el mismo Pablo nos transmitió, por escrito, su testimonio de fe: Yo os transmití en primer lugar lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras (1Cor 15, 3-4).

En esta experiencia de fe, vivida y transmitida por los apóstoles y por la Iglesia, se apoya la certeza de que la resurrección de Jesucristo es un acontecimiento histórico y trascendente, real y con manifestaciones históricamente comprobadas (Catecismo nº639). En esta certeza se fundó el testimonio de vida de tantos santos, los mejores hijos de la Iglesia; y en esa fe se apoya nuestra fe en la vida eterna. El ser humano no puede vivir atormentado por el dolor, la enfermedad y la muerte sino que percibe en lo más íntimo de su ser que a esta vida no le puede seguir la desaparición total, la disolución de nuestro ser en la naturaleza en la nada.

Llevamos en nuestra existencia la semilla de la eternidad y esta certeza se revela contra la muerte, de tal modo que ese deseo de inmortalidad llegará a su plenitud en la Vida eterna al estilo del Eterno Viviente, que es Jesucristo, por eso podemos decir para mí la vida es Jesucristo y el morir una ganancia (Flp 1,21), o bien como nos recordaba hace pocos días la liturgia de la fiesta de Santa Teresa de Jesús: Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero. Aquella vida de arriba, que es la vida verdadera, hasta que esta vida muera, no se goza estando viva. Muerte no me seas esquivia, viva muriendo primero, que muero porque no muero.

Esto quiere decir que los cristianos estamos llamados a dar luz sobre esta verdad y vivirla en nuestra experiencia cotidiana a pesar de las "noches oscuras", del dolor ante la muerte de nuestros seres queridos y de la constatación personal que percibimos con el paso de los años en nuestra limitada naturaleza; no podemos silenciar la verdad de nuestra existencia y ser testigos de esperanza a través de los pequeños gestos de amor y de vida que nos abren a la trascendencia. La muerte no es un juego, ni una mascarada, ni un negocio, sino que es un acontecimiento que llena nuestra existencia de seriedad, de realismo y de esperanza. No somos dueños del morir. Con la muerte no se juega. Aprendemos a vivir como esa gran catequeta que nos enseña el camino de la Vida.

## **Diciembre**

***¡También este año habrá Navidad!***

Si nos dejásemos llevar por algunas informaciones que desde algunos medios nos están llegando a lo largo de estos días, pudiéramos llegar a la conclusión de



que este año no habrá Navidad. Sin embargo, quisiera decirlo con fuerza y claridad que ¡también este año habrá Navidad! Lo importante no son los eventos que se basan en elementos ajenos a la fiesta misma. Creo que debiéramos de preocuparnos por hacer que las fiestas que se acercan sean mucho más hermosas y profundas que las que hemos celebrado en anteriores ocasiones.

La auténtica Navidad muy poco tiene que ver con los juegos de luces que adornan nuestra calles, que nos alegren con su luminosidad; ni con las promociones especiales de las grandes áreas comerciales; ni mucho menos con los reclamos publicitarios que nos invitan a los gastos excesivos y al insaciable consumismo que nos impiden ver la realidad de tantas necesidades que sí se hallan no muy lejos de nuestros hogares, quizás ya las encontremos en la puerta de al lado. Una Navidad sólo centrada en la ingesta de turroneos o de cualquier otra clase de dulces, cuando son tantas las necesidades que se nos hacen patentes, no es una auténtica Navidad.

No podemos enmascarar las próximas fiestas haciendo un planteamiento superficial del acontecimiento que conmemoramos. Es verdad que en un país que se “enorgullece de ser laico” y rehuye las auténticas tradiciones que dieron sentido real a su historia, nos encontremos con una serie de conciudadanos que ya no quieren hablar de Navidades, sino de “fiestas de invierno”. He podido comprobar como un presentador de un servicio informativo, al referirse a la fiesta de la Inmaculada, en varias ocasiones se refirió a esa celebración afirmando que era la “fiesta del 8 de diciembre”, ni por un momento se le “escapó” la fiesta de la Inmaculada que desde 1760, mucho antes de su definición como dogma de la Iglesia Católica, fue proclamada patrona de España. Hay algo que se percibe en el ambiente y que parece no encajar con lo que se está viviendo y con aquellos grandes acontecimientos que han dado y siguen dando sentido a muchas personas y a muchos de nuestros pueblos, no sólo en nuestra tierra sino en el esta aldea global.

Este año 2020, inmersos en la dolorosa resaca de la visita del covid-19, que ha alterado nuestra forma de vivir, aunque no descubramos muchas luces en nuestro camino sabemos que desde la perspectiva de la fe no nos faltará la auténtica luz que brota de aquella misteriosa estrella de Belén, una luz que como centinela en nuestras vidas nos encaminará a la contemplación del misterio del Dios que se ha hecho carne. Sin duda ha sido el acontecimiento más extraordinario de la historia de la humanidad y, aunque nos encontremos con algunos que pretendan oscurecerlo o ignorarlo, fue, es y seguirá siendo el momento más importante de nuestra historia. A partir de este hecho se va desplegando la historia de la salvación de toda la humanidad. Todo un Dios que en la plenitud del tiempo se hace hombre para que los seres humanos - todos - podamos llegar a vivir en plenitud la filiación divina y contemplar a Dios Padre tal cual es.

Para celebrar este acontecimiento os invito a que adornéis vuestros hogares, no

dejéis de poner una representación del misterio de Belén, aunque sea muy sencillo; los que podáis reservar en vuestra casa un espacio para montar el Nacimiento no dejéis de hacerlo. Que ese lugar se convierta en un punto de referencia en donde os encontréis para orar en familia. Pedid mucho para que desaparezca esta pandemia que afecta gravemente al mundo entero.

Además de todo esto os invito a que os preocupéis de los más necesitados, seguro que seremos inmensamente más felices si salimos al encuentro de las personas, como nos invita el papa Francisco, empezando por las de nuestro entorno familiar. Pensemos en nuestros mayores, sobre todo en aquellos que van a pasar estas fiestas más solos y lejanos de sus familiares; por los más vulnerables y necesitados. Poneos en contacto con Cáritas y colaborad con la gestión extraordinaria que lleva a cabo siempre, pero de manera especial en estas fiestas navideñas. En la medida en que las autoridades sanitarias lo permitan no dejéis de participar en la Misa dominical y festiva. Son fiestas tan hermosas y familiares que nos invitan a participar en ellas sintiéndonos miembros de esta gran familia que es la Iglesia. A los mayores os invito a que seáis transmisores de este gran acontecimiento de fe y de vida a los niños. Ayudadles a descubrir que para ser felices no es necesario recibir muchos regalos; los niños tienen una capacidad especial para abrirse a las necesidades de los demás y sentir una auténtica empatía por todos aquellos que desearían celebrar la Navidad y no pueden.

Os deseo a todos una Santa y Feliz Navidad. Rezad por mí y por esta gran familia que es la Iglesia Diocesana.